ISBN: 978-958-48-7103-9

¿Y por qué no darme una OPORTUNIDAD?

Renaciendo de las cenizas

Un mensaje de esperanza contra la Ansiedad y la depresión

RAFAEL CAMPOS

¿Por Qué No Darme otra Oportunidad?

¿POR QUÉ NO DARME OTRA OPORTUNIDAD?

RENACIENDO DE LAS CENIZAS

Escrito por:

Rafael Campos

Índice

PRÓLOGO..... 8

CAPÍTULO I..... 9

Un ser llamado desolación 9

CAPÍTULO II 35

Un ser llamado esperanza 37

CAPÍTULO III..... 51

Un ser llamado amor 51

CAPÍTULO IV..... 69

Un ser llamado bondad..... 69

CAPÍTULO V 75

Un hasta pronto 75

CAPÍTULO VI..... 79

Fe infinita..... 79

CAPÍTULO VII 91

Un ser llamado agradecimiento 91

PRÓLOGO

Como una contribución al buen vivir de los seres humanos opté por colocar un granito de arena escribiendo este libro desde lo profundo del alma. Mi único objetivo es poder dar esperanza a aquellas personas que viven constantemente sumidas en las sombras de la depresión, la angustia y la ansiedad. Estos son tres enemigos emocionales con los cuales tuve que luchar intensamente hasta que un día logré doblegarlos. Paradójicamente, estos enemigos me sirvieron de motor creativo para construir esta fantástica historia en la que expreso cómo pude lograr renacer de las cenizas en un momento de mi vida en el que sentía que todo estaba perdido y que ya nada valía la pena.

En este libro el lector podrá encontrar una mirada lógica y racional mezclada con algo de misticismo sobre temas importantes y profundos. Entre sus líneas se visualizan varias facetas de la tragedia humana. Se trata pues, de reflexionar sobre cómo se puede ir renaciendo de una manera fantástica y a la vez real según como se tomen las situaciones en esta saga fantástica de la vida.

Date la oportunidad de leerlo. Te aseguro que no tienes nada que perder y sí mucho que ganar.

CAPÍTULO I

Un ser llamado desolación

El 21 de julio de 2013, Aníbal Certés se encontraba al borde de la desesperación porque su vida se había convertido en un infierno con el que debía lidiar día tras día. Sin nada que perder, Aníbal cerró sus ojos por un momento para tratar de dormir, así fuera por unas pocas horas. Imaginó que había muerto, que era parte de la nada y, por consiguiente, sus problemas habían desaparecido para siempre. Su deceso sería la solución a todos sus problemas, pero sabía que no tenía las agallas para terminar con su existencia. Al abrir sus ojos y volver a la realidad encontró que todo seguía igual, ya nada tenía sentido. Esto no le quitaba la responsabilidad de ir a trabajar, él debía seguir subsistiendo, además tenía muchas deudas adquiridas y no se podía dar el lujo de renunciar hasta encontrar otro trabajo. Ese día se levantó como pudo, la cabeza le daba vueltas y entonces pensó que el insomnio tan fuerte que padecía producía esos efectos. Aníbal entró al baño, se miró al espejo y se encontró con su rostro pálido y ojeroso acompañado de una barba maltrecha, luego pasó a la ducha y dejó que el agua cayera por unos minutos en su cabeza con el único fin que pudiera despertarlo, pero después de unos segundos sintió en el pecho un fuerte dolor, sus pupilas se dilataron y su vista se nubló: Aníbal estaba experimentando un ataque de pánico.

Aníbal salió del baño emparamado y se sentó en la orilla de la cama, tomó aire y se acordó de hacer unos ejercicios respiratorios que había visto en Internet. Pasaron unos minutos hasta que pudo recuperarse, su corazón latió más lento y su cuerpo empezó a normalizarse. Ya más lúcido no perdió tiempo, se vistió, se puso su jean negro con camiseta blanca y botas de cuero, salió al parqueadero y arrancó en su moto rumbo a la fábrica donde trabajaba pues ya iba sobre el tiempo. Aníbal debía enfrentarse a lo que le deparaba el destino, la suerte ya estaba echada y no había marcha atrás.

Mientas manejaba su moto recordaba cómo se había gestado el origen de su desgracia.

Cuando Aníbal conoció a Alicia, su única novia y actual esposa, nunca pensó que se separaría de ella. Su amor era tan fiel como el de un perro, siempre estaba ahí para ella, sin juzgarla, amándola y aceptándola como el ser al que le juró en un altar su amor eterno. Pero todas esas palabras y esos sueños eran parte de un reciente pasado doloroso y de una cruel realidad que lo abrazaba con varias tristezas acuestas. En la vida de Aníbal era casi normal que las desgracias llegaran sin pedir permiso, simplemente estas llegaban.

Alicia era una chica universitaria del sur de Cali. Cada viernes y con cierta regularidad ella visitaba Camelot, un bar muy apetecido por los estudiantes universitarios, quienes después de largas horas de enseñanza y de hacer trabajos buscaban disiparse con unos buenos tragos al son de la buena música del lugar. Aníbal frecuentaba este lugar porque un conocido suyo lo dejaba ganarse unos pesos mientras ayudaba con los quehaceres de la limpieza. Además, luego de terminar su jornada, él podía quedarse departiendo con los estudiantes que le acogían como si fuera uno más de ellos. Desde que Alicia lo vio, le llamó la atención, sobre todo por su aspecto físico: su figura delgada, su pelo largo y desgreñado, y sus ojos saltones color marrón. Su presencia en el bar causaba gran intriga en ella. Uno de esos viernes, un amigo de Alicia —quien estaba pasado de copas— trató de sobrepasarse con ella. Al ver tal escena, Aníbal no lo dudó dos veces y salió a defenderla a muerte. Hubo empujones de parte y parte y más de una amenaza, pero no pasó a mayores. Este acto heroico confirmó el gusto que ella sentía por Aníbal. En agradecimiento por lo que él había hecho Alicia le invitó un trago que luego se convirtió en una botella de tequila. Esa noche fue muy especial para los dos pues se conocieron lo bastante para una sola cita, hablaron hasta el amanecer y él como buen caballero, la llevó hasta la puerta de su casa. Cuando Aníbal se despidió, Alicia no se aguantó y le dio un beso. Había comenzado un lindo romance entre dos seres que intentaban conocer del amor.

Aníbal estaba feliz por ser correspondido y después de la despedida se fue nuevamente al bar. Debía contarle a alguien lo que estaba viviendo y ese alguien era su amigo Thiago, más conocido con el apodo del *Mincho.* Sin tanto rodeo, Aníbal comenzó a contarle a su amigo lo que le había pasado con Alicia. Mincho se sorprendió, pero no por lo que había pasado, sino por quién era ella y, sobre todo su familia. Él la conocía por los años que llevaba yendo al bar y porque un día el exnovio de ella, muy despechado, contó hasta lo que no se debía gracias al desasosiego que lo acompañaba. Mincho le comunicó todo lo que sabía sobre ella. Por ejemplo, que era una niña rica, sofisticada y caprichosa, y que era hija de un empresario mal educado y despiadado conocido por su sospechosa fortuna, la cual había conseguido de la noche a la mañana sin un origen claro. En el *bum* de los traquetos colombianos cualquier rico que no mostrara cómo había adquirido su fortuna dejaba abierta la puerta a la duda.

Asustado pero confiado en que nada malo pasaría, Aníbal no se desanimó y la llamó al otro día. Al escuchar su voz ella se puso muy contenta y lo saludó con una voz dulce y tierna. Hablaron por un rato, de cómo se habían sentido el uno con el otro, del beso que se dieron y de varias tonterías que se dicen los enamorados con tal de escucharse. De repente, ella lo interrumpió y de forma pícara lo invitó a salir. Él, por su parte, era la clase de hombre que no veía nada malo en que una mujer llevara la iniciativa y aceptó complacido. Se vieron esta vez más tranquilos y fueron al Teatro Municipal en donde se celebraba el Festival de Teatro de Cali que se realizaba cada año, y ambos disfrutaron de la función de Hamlet. Mientras veían la obra, Aníbal la observaba disimuladamente, y cada vez que lo hacía, la veía más linda. Le encantaba su piel canela, sus rizos negros y sus labios carnosos que incitaban al deseo. Cuando acabó la función ambos decidieron caminar y hablar de lo que fuera, y mientras paseaban, no se contuvieron y tomaron por asalto cada esquina que se podía dando rienda suelta al amor besándose apasionadamente como si fueran un par de colegiales, tanto que no pudieron contener sus deseos carnales y esa misma noche consumaron su romance.

Se ennoviaron. Lo decidieron después de terminar de hacer el amor, todo les parecía que era muy rápido, pero ella fue la que más insistió. A él le pareció genial tener una novia y ser parte de algo, en su vida lo único que había conseguido era deambular sin tener nada fijo. No obstante, lo único que le inquietaba eran los padres de ella, especialmente el señor Lorenzo, pues con lo que le había contado Mincho Aníbal dudaba que ese señor lo aceptara como su yerno. Esta inquietud se la manifestó a su nueva novia. Ella no le vio ningún problema, le describió otra clase de persona, y le dijo que lo que decían de su padre eran solo habladurías, y que cuando él lo conociera se daría cuenta de que su papá era un alma de Dios.

Ya llevaban un mes de noviazgo cuando Alicia se inventó un almuerzo en su casa con el propósito que sus padres conocieran a su nuevo yerno. Por su parte, Aníbal no lo vio conveniente pero no podía negarse: eran sus suegros y era casi obligación dejar una buena impresión. Así que le pidió ayuda a una de las inquilinas de la pensión donde él vivía. Doña Juana era una señora jubilada por el Estado, al igual que él también estaba sola en la vida. Ella muy amable lo asesoró para que se vistiera lo mejor posible, pero la misión era casi titánica. El ropero de Aníbal no era abundante y todo lo que tenía presentable era un traje de paño negro que le había pertenecido a su papá y que él guardaba como la única herencia que le había dejado. La señora Juana le dijo: —¡Ay mijo! Usted se está metiendo en camisa de once varas, ¿cómo se le ocurre emparentarse con esa gente si ni siquiera tiene cómo ir vestido? Él, fiel a su terquedad, hizo caso omiso y continuó con su tarea de verse lo mejor posible. Cuando acabó de colocarse el saco se echó el último concho de colonia que tenía y pidió por última vez el concepto de doña Juana —¿Cómo me veo? —. Ella, muy sincera, hizo gestos con la mano derecha en signo de más o menos. Él se rio y replicó: —viniendo de ti, un más o menos me sirve—. Cogió su billetera y salió rumbo a la casa de sus suegros, y cuando llegó a la puerta de la casa timbró dos veces y fue el mismo don Lorenzo el que le abrió, lo examinó de arriba a abajo y con los gestos de su cara dejó al descubierto que él no era de su agrado. Sin embargo, don Lorenzo trató de ser cortés y le preguntó de forma brusca y cortante —¿Tú eres el famoso novio de mi chiquita? Aníbal, un poco intimidado, contestó:

— Sí señor. Pero tranquilo, yo soy una buena persona si eso es lo que le preocupa. —¿Será que sí? No me das confianza—, dijo don Lorenzo, y cuando Aníbal iba a volver a hablar para dar explicaciones salió al encuentro Alicia, besó en la mejilla a su papá y, sonriente como siempre, dijo:

— Por fin se conocieron, ¿cierto que es divino papá? Él se rio y se fue rumbo a la sala refunfuñando —parece que hubiese venido a un funeral.

En el almuerzo Aníbal conoció a varios integrantes de la familia: a la señora Gladis su suegra, a la hermana menor de Alicia, y a una señora de aspecto pueril y que casi no hablaba, ella era la esposa de don Ambrosio, el hermano de don Lorenzo.

Mientras almorzaban un delicioso plato valluno, Aníbal cayó en la cuenta de que por los afanes él no se había presentado, así que le pareció correcto hacerlo. En un arranque de valentía tomó la vocería y dijo: —con permiso querida familia, quiero aprovechar este momento para agradecer por tan agradable almuerzo. Quiero presentarme: mi nombre es Aníbal Certés. Cuando terminó de hablar todos se miraron entre sí como si él hubiese hecho algo malo. Alicia se sonrojó y con un gesto de silencio le pidió que se callara. Don Ambrosio se paró y le dijo: —oiga joven, ¡usted quién se ha creído! ¿Acaso no le enseñaron que en la mesa no se habla? Aníbal trató de disculparse, pero don Ambrosio le gritó: —¡cállese señor! Cuando yo hablo, ¡usted escucha! Perplejo ante el regaño, Aníbal retomó su almuerzo y guardó silencio.

Cuando ya todo finalizó Alicia acompañó a Aníbal a la puerta. Él, muy desilusionado, le explicó a ella que sentía que el noviazgo no iba a funcionar. Ella, como siempre, lo tranquilizó de la manera más jovial y todo lo que le dijo fue: —no les hagas caso, ellos son muy chéveres—, y añadió: —ya lo verás cuando te conozcan más—. Y así continuó el noviazgo. Sus encuentros eran más continuos y, el sexo hacia su parte. Después de unos meses de intenso romance a ella se le ocurrió que sería buena idea que se casaran. Aníbal se asustó y le explicó que su propuesta lo intimidaba porque él no tenía un trabajo fijo dado que vivía de hacer oficios varios en diferentes empresas; además su único

patrimonio era su moto. Ella no le vio problema y haciendo gala de su caprichosa personalidad de niña rica solucionó todo diciéndole: —mi papá y mi tío te pueden dar trabajo en la empresa—. Él, no muy convencido la miró con duda, pero al instante cualquier inquietud quedó deshecha con un beso apasionado. Por el amor que le profesaba, Aníbal acepto. Ahora, el matrimonio era una realidad.

Pasaron unos días y Alicia les comunicó a sus padres que se casaría con Aníbal. Su padre, el despiadado señor Lorenzo, se opuso de forma vehemente y con fuertes palabras le dijo: —¿Estás loca? Te casarás con un bueno para nada, ni lo sueñes, ¡no lo permitiré! Ella sin musitar palabra alguna salió del recinto en el que se encontraban y corrió a su habitación. Su madre la alcanzó e hizo hasta lo imposible para convencerla de que desistiera de ese matrimonio bajo la excusa que Aníbal no le convenía. Pero a ella poco y nada le importó. Contra viento y marea Alicia se casó con Aníbal. Las fotos quedaron como testimonio de lo felices que se veían, en estas también se notaba cómo el padre y el tío de Alicia hicieron mala cara durante todo el casamiento. La señora Gladis organizó una recepción improvisada en la casa con pocos invitados; eso sí, dejaron saber que todo había salido por cuenta de la familia de la novia. Después del brindis el señor Lorenzo citó a Aníbal en el estudio. Aníbal intuía que debía ser algo importante y se fue detrás de él, y cuando abrieron el estudio ya se encontraba ahí el señor Ambrosio. Don Lorenzo se sentó en su silla de oficina y le invitó a sentarse, luego prendió un habano y dijo: — quiero ser breve con usted, ya es de esta familia y mi hija lo escogió como esposo y, a pesar de que me opuse, yo debo respetar su decisión. Es por eso por lo que quiero ofrecerle un apartamento que les quiero regalar—. Aníbal le dijo: — agradezco su gentileza, pero no puedo aceptar puesto que Alicia y yo hemos decidido alquilar un apartamento muy cerca de aquí. Don Ambrosio lo dejó hablar, se quedó callado, y en un lenguaje de gestos que solo entendían él y su hermano le replicó —¡Oiga pendejo! ¿Usted no ha entendido que mi hermano no lo hace por usted sino por mi sobrina para que no la lleve a vivir a cualquier cuchitril? Aníbal sacó fuerzas y los enfrentó —Me niego a sus deseos y recuerden que yo soy el esposo de Alicia y, así sea de forma humilde, velaré por su bienestar. Los tres se pararon como unos gallos bravos y midiendo fuerzas con sus

miradas el señor Lorenzo cedió —Parece ser que con usted no se puede, así que le hago otra oferta: acépteme el trabajo que le ofrezco en mi empresa y de esta forma quedaré tranquilo porque usted estaría ganando un sueldo decente para mantener a mi hija—. Aníbal vio a don Lorenzo más sosegado y amable, y por eso aceptó el trabajo, le estiró la mano para dársela y el suegro le correspondió.

Con sus ahorros, Aníbal llevó a Alicia a pasar la noche de bodas en un hotel de mediana categoría y le juró que trabajaría muy duro para darle la luna de miel que ella se merecía. Ella no le paró bolas al asunto y solo quiso consumar el matrimonio de inmediato.

Al otro día, muy temprano, los recién casados salieron a buscar apartamento y tuvieron la suerte de conseguir un sitio pequeño, muy cálido y cerca de la casa de los suegros. A la señora que arrendaba el nuevo hogar le cayó bien Aníbal, y casi sin pedirle papeles y confiada en sus buenas intenciones dejó que ellos hicieran su trasteo, pues eran las mieles de empezar una nueva vida: la vida de casados.

Ya en la rutina del matrimonio, Aníbal se levantaba muy temprano para cumplir con el horario impuesto por el régimen de don Ambrosio. Su cargo era supervisor de entregas y debía cerciorarse del control de calidad de las prendas que se confeccionaban para exportar. Todos los días hacía lo mismo y con su sueldo podía darle lo básico a su esposa. Ella no trabajaba porque debía seguir estudiando para graduarse de Ingeniera Civil. Aníbal llegaba muy cansado y a duras penas se podían ver. Hubo varias ocasiones en las que cuando él llegaba de trabajar su esposa ya estaba dormida, o viceversa, y casi no compartían. El hielo fue minando la relación lentamente hasta dar su estocada final.

Pasados seis meses la burbuja estalló y ya nada era igual, los esposos chocaban por todo. Alicia se había cansado. Ya no lo miraba como su esposo sino como a un estorbo al cual humillaba por cualquier error que él cometía. Aníbal, por su parte, reaccionaba de manera conciliadora ante la actitud arrogante de Alicia —heredada de su padre—, esto con la esperanza de que ella pudiese reaccionar y todo volviera a ser como antes. Pero nada de esto servía y cada día que pasaba era peor. El fastidio que ella tenía por él era evidente, ya no dormían en la misma

cama pues ella lo había echado de la habitación y lo había mandado a dormir a la sala de forma indefinida. Aníbal se sentía arrinconado, no tenía familia y nada lo respaldaba. Únicamente su fe. Trabajaba en la empresa del papá de Alicia y sus pocos ahorros se veían reflejados en una moto Harley Davidson Fat Boy modelo 1992 que había comprado con esfuerzo y que le brindaba momentos de felicidad y libertad.

Pasaban los días y la rutina era la misma. Humillación tras humillación se había vuelto parte de la rutina diaria del matrimonio, hasta que un día la rutina se vio interrumpida porque Alicia no llegó a dormir a la casa. Él estaba consternado, así decidió ir a buscarla a donde sus suegros, y al llegar a la casa timbró varias veces hasta que abrieron la puerta. Era la madre de Alicia, la señora Gladis. —¿Qué quieres?, dijo ella. —Vengo por Alicia, resulta que no ha llegado a la casa y me preocupa—, respondió Aníbal. La señora se rio de forma irónica y sin ningún afán le dijo: —deberías dejarla en paz, esa unión es un fracaso, siempre se lo dijimos a ella y ahí están los resultados—. Él no podía creer lo que estaba escuchando y refutó —Por favor, señora Gladis, ¿cómo puede decir usted eso?, si yo amo a su hija y me muero si algo malo le llegara a pasar. —¡Pero eso no basta! —, replicó la señora Gladis. De repente, un grito se escuchó. Era la voz de don Lorenzo —Tranquilo cariño, es tu yerno que vino por Alicia—, le dijo ella. Él contestó: —¿cuál yerno?, ¿el pobretón? —, y a continuación, rio a carcajadas desde el fondo de la casa. Aníbal, humillado y burlado, agachó su cabeza y de forma humilde le preguntó a doña Gladis: —por favor, ¿dónde está Alicia? La señora un poco conmovida, lo miró y expresó —Espérame un momento te daré la dirección del lugar donde se encuentra—.

Aníbal tomó su moto y llegó al sitio. Era un bar muy elegante, y por la decoración que había dejaba entender que se estaba celebrando un cumpleaños. Era de uno de los compañeros de la universidad de ella, y como pudo entró y haciéndose caminó entre la gente vio una cara conocida, la de una amiga de Alicia, la saludó y ella muy sorprendida al verlo no respondió a su saludo y por el contrario le preguntó: —¿tú qué haces acá?, ¿quién te invitó? Aníbal no entendió el porqué de su reacción hasta que divisó la silueta de Alicia en un sofá departiendo con

otra persona. Los vio abrazados y besándose de forma apasionada. Él no lo podía creer, así que debía cerciorarse que era ella y se acercó a pesar de que la amiga de Alicia le impedía el paso, pero él no aguantó y la hizo a un lado. Aníbal caminó hasta donde estaba Alicia y con un grito seco se hizo sentir —¿Interrumpo? —, exclamó. Ella sin ningún pudor y medio borracha se levantó del sofá y enfrentándolo le expresó: —¿qué quieres?, ¿a qué has venido? Si me vas a sermonear porque estoy con otra persona vienes a perder tu tiempo—. El joven con el cual estaba besándose se retiró y los dejó solos para que hablaran. Aníbal la enfrentó —¿cómo puedes ser tan fría y cruel? ¡Yo te amo! —¡Pero yo no! — le contestó irónicamente Alicia, y a continuación le dijo: —no hagamos más melodramático este momento: me quiero divorciar, ya hablé con mis padres y ellos me apoyan—. Pasaron unos segundos eternos y, para rematar ella le dijo: —lo siento, la vida es así. Nos equivocamos—. Ella se levantó y lo dejó solo pero antes de irse replicó en tono enérgico —El abogado de la familia se contactará contigo. Además, desde este momento quiero que me hagas un último favor—. A pesar de su rabia e impotencia Aníbal le contestó de manera noble —dime qué quieres— y ella con un grito descomunal le dijo: —¡no me jodas más la vida! —. Y de esta manera, sus ilusiones y su amor idílico se habían desmoronado.

Aníbal ya no tenía el sueño de construir una familia con la mujer que amaba. Todo se había acabado y solo le quedaba su trabajo en la empresa de uno de sus peores enemigos, don Lorenzo, y sabía que a pesar de su desazón amorosa debía, por obligación, cumplir con el horario estricto impuesto por la dictadura de su suegro y del hermano. A este último, los trabajadores le apodaban el *Carnicero*. Se había ganado este apodo porque sin piedad despedía por cualquier motivo a los empleados, en su mayoría madres solteras, esto porque ellas eran más vulnerables y podían acceder por necesidad al acoso que él imponía a toda mujer que llegaba a la fábrica.

Al otro día, Aníbal llego muy puntual a la fábrica. Pasó su carné en la entrada y comenzó a alistarse para su trabajo diario. Aunque su pena lo acompañaba, Aníbal se tragaba su orgullo pues necesitaba el trabajo, aunque fuera por un tiempo mientras miraba qué podía hacer. Todo fue

humillante. Aun así, Aníbal comenzó su labor. No habían pasado ni dos horas cuando don Ambrosio comenzó a gritar desde su oficina a todo pulmón —¡Hoy vamos a dar de baja a varios parásitos, sobre todo a uno que se atrevió a humillar a mi sobrina! —. Ante el silencio sepulcral de todos los empleados Aníbal tomó valor y prefirió encarar a su verdugo para dejar las cosas claras, y le increpó —¿Por qué dice eso don Ambrosio?, usted no puede ir dando juicios sin saber realmente qué pasó. Don Ambrosio salió de su oficina y muy gallito fino se arrimó hasta donde él estaba, y gritándole le dijo: —¿no has entendido que tú eres un comemierda?, ¿creíste que te ibas a burlar de mi sobrina sin tener consecuencias? ¡Estás despedido! Además, ni se te ocurra poner de referencia a nuestra empresa—, tomó aire y prosiguió —¡Eres menos que nada!, ¡eres lo más cercano a una basura! Siempre supe que eras un parásito, te aprovechaste de mí y de mi familia—, y continuó con una sarta de vulgaridades las cuales Aníbal escuchaba sin responder a ninguna de ellas. Fue en un momento cuando don Ambrosio se acercó a su cara y le repitió —Recuerda ¡No eres más que basura! —. Llevado al límite, Aníbal alcanzó a ver una botella de cerveza que estaba encima de una de las mesas y mientras más se agitaba ante el atropello grotesco de don Ambrosio, llegó el momento en que, sin pensarlo, no midió consecuencias y cogió la botella y se la estrelló en la cabeza. Fue un golpe seco y directo que hizo que don Ambrosio cayera de *ipso facto* con la cara ensangrentada perdiendo el conocimiento. De inmediato llegaron los guardias de seguridad a ver qué había pasado, pero al ver el panorama que se venía, Aníbal salió rápidamente del shock y vio lo que había hecho, y como un gato se les escapó a los dos guardias, luego corrió hasta el parqueadero se montó en su moto y arrancó a toda velocidad rumbo al norte sin saber a dónde iba, solo sabía que debía alejarse más y más de la ciudad. Entre más se alejaba, su corazón poco a poco dejaba de latir tan rápido, su adrenalina iba bajando y esto le producía un poco de calma. Fue en ese momento cuando Aníbal comenzó a reflexionar sobre lo que había sucedido.

Todo había pasado tan rápido que todavía no creía lo que estaba viviendo y miles de ideas llegaron a su cabeza, sobre todo, una que era la que más lo martirizaba: que hubiese matado al viejo Ambrosio.

Esto le daba vueltas en su cabeza mientras seguía manejando su moto, la incertidumbre lo estaba acabando y no sabía qué hacer: si ir a entregarse a la policía y confesar que fue él quien mató al señor Ambrosio, o irse del país y cambiarse el aspecto físico y comenzar una nueva vida, o ¿por qué no?, tirarse del desfiladero y acabar con toda esta desgracia. Estas y muchas más ideas llegaban a su mente y sin darse cuenta, ya habían pasado varias horas desde el acontecimiento. La noche ya estaba entrando. Aníbal no sabía dónde estaba, solo tenía la certeza que estaba bien al norte y que estaba por los lados de la zona cafetera, pero hasta el momento no había visto la primera persona que le pudiera dar razón de dónde estaba ubicado exactamente. Continuó manejando y pasadas unas horas divisó un letrero que decía: Desvío. Se veía palpable en letras de color verde fosforescente. Aníbal tomó ese camino y comenzó a bajar por este lentamente. Ya habían pasado varios kilómetros, pero no se veía nada: ni una finca, ni una casa, o alguien que lo ayudara. En medio de la incertidumbre del camino Aníbal decidió continuar para ver con qué se podía encontrar pues era su única esperanza.

Unos kilómetros más adelante su moto comenzó a corcovear, alguna falla mecánica tenía y, en medio de la nada, solo le quedaba avanzar sin mirar lo difícil del terreno. Había partes embarradas que hacían que la moto patinara entre el fango, en una de esas en que luchaba por no caerse, de la nada salió un caballo que al sentir el rugir del motor se vino encima asustado. Aníbal como pudo trató de maniobrar la moto pero fue imposible, se cayó y golpeó su cabeza con unas piedras apostadas debajo de un árbol, el golpe fue tan fuerte que no pudo moverse. En cuestión de segundos y todavía semiconsciente sintió el dulce abrigo de la muerte y entendió que este era su final, su cuerpo no respondía a las órdenes motoras que este le enviaba y sabía que su hora había llegado. El dolor en su cuerpo era intenso.

Mientras pasaba el tiempo de su agonía Aníbal decidió pedir perdón a Dios por todo lo malo que había hecho. Le agradeció por sus vivencias y sin más reparos pidió la absolución a sus pecados para partir de este mundo. Tranquilamente cerró sus ojos y comenzó a disfrutar de su partida, sintió que sus sentidos eran más perceptibles a los olores, sus

oídos escuchaban los sonidos más pequeños, y su olfato se deleitaba con un olor a jazmín que emanaba de la hierba. Por primera vez, Aníbal era más consiente de la belleza de la naturaleza, de cómo se expresaba, de cómo se vivía y de cómo se transformaba. Esto lo puso emotivo y pensó que su final iba hacer igual de triste que su vida: solo, abandonado y en medio de la nada, sin auxilio, sin dolientes que lo lloraran y, mucho menos, sin un amor que lo recordara. Aníbal seguía inmóvil pero semiconsciente de todo lo que pasaba a su alrededor, de repente el pánico comenzó a apoderarse de él y su cerebro enviaba más órdenes a sus extremidades para que se moviera. Todo era inútil, sus piernas no respondían y fue cuando decidió rendirse por completo y rogó que llegara pronto la muerte para que su agonía no fuera tan traumática. Solo pedía como último deseo poder descansar en paz.

Ya habían pasado más de ocho horas desde su accidente, y mientras él estaba seguro de que iba a morir una parte de su mente optó por hacer un resumen de su vida. Recordó que, desde muy pequeño, él había recibido su primer golpe mortal. Fue la muerte trágica de su madre de la cual nunca se había podido recuperar. Su madre lo era todo, él aún añoraba cómo lo consentía y le hacía sentir importante; ella nunca dejó que nadie abusara de él y, por el contrario, lo apoyaba en sus sueños, lo animaba a luchar por ellos así fuera un niño. Pero un lunes cualquiera por la tarde, al tratar de galopar a una yegua desconocida, esta de forma briosa empezó a saltar sin control haciéndola caer de forma traumática produciéndole la muerte al instante. Poco se pudo hacer por salvarle la vida.

Con tan solo doce años Aníbal vio cómo perdía lo que más quería. Sin embargo, su padre que era un hombre tosco y ordinario trató con buenas intenciones de hacer de papá y de mamá al mismo tiempo, pero falló en el intento porque en un par de meses no aguantó más su infortunio y prefirió finalizar con su vida. Se suicidó de la manera más brutal al tirársele al tren que pasaba siempre a las doce en las afueras de la ciudad. De él no quedó ningún resto qué enterrar —eso comentaban los vecinos—, uno de los testigos que presenció el momento de la muerte se limitó a comentar que el padre de Aníbal había quedado hecho polvo. Nuevamente era visitado por la muerte.

De su cuidado se hizo responsable su abuela paterna. Ella era la vieja Pancha tal como se la conocía en el mundo de los prostíbulos. Esta anciana se caracterizaba por ser la antítesis de las abuelas de la época: mujeres cariñosas y maternales. Ella, por el contrario, tenía su sello característico: era cruel, calculadora y, sobre todo, codiciosa y egoísta. Aceptó hacerse cargo de su nieto a regañadientes porque su hijo, antes de tomar la decisión de suicidarse, le pidió como un favor especial que lo cuidara si él llegase a faltar. Lo que se le olvidó preguntar al padre de Aníbal fue en qué condiciones ella se iba a hacer cargo del niño.

Ya en el diario vivir Aníbal era víctima de todas las descargas de furia y odio producto de tanta frustración que había vivido su abuela. Doña Pancha era famosa porque después de que murió su último esposo, ella se había dedicado a la trata de señoritas vírgenes para que fueran desvirgadas por los traquetos de la época. Tenía gran facilidad para engañar a las niñas de colegio que, por el espejismo del dinero fácil, accedían a acostarse con los patrones de la región, como se les conocía a los jefes de la mafia. Por tales favores, Pancha comisionaba con una recompensa que ellos le daban, pero ese dinero maldito nunca daba frutos en sus manos porque al igual que ella explotaba a esas niñas, los casinos le devolvían el favor quitándole cada centavo, y en muchas ocasiones, ella quedaba en deuda con los mafiosos por apuestas que realizaba con personas a las que era imposible que no se les pagara. En estos casinos solo existía un lema: la plata o la vida.

Fue este el panorama que le tocó vivir a Aníbal por más de seis años trabajando en burdeles y haciendo diferentes oficios que, además, eran mal pagos. Cualquier peso que se ganaba tenía que ser entregado a doña Pancha. Como la jefa del hogar ella decidía qué se debía hacer con todo el dinero que entraba a la casa. Sin embargo, Aníbal se quedaba a trabajar más tiempo en los burdeles desempeñando la labor de relojero, la cual consistía en que en la madrugada cuando los dueños se iban las meretrices hacían de las suyas, una de ellas se quedaba administrando el local y él era el encargado de tocar la puerta en cuanto se acababa el tiempo de servicio. Con voz fuerte y clara decía: —¡tiempo! —. Esto le advertía al cliente que debía terminar lo antes posible, pero ellos ante la emoción del momento salían medio desnudos y sobornaban a Aníbal

con algún dinero para que dejara de molestarlos. Fue así como, poco a poco, él comenzó a ahorrar centavo a centavo con el propósito de irse de la casa de su abuela lo más pronto posible apenas cumpliera la mayoría de edad. Pero eso no fue necesario porque a doña Pancha le cobraron a punta de balazos todas las atrocidades que hizo con decenas de niñas que entregaron su pureza por la magia del dinero maldito. Contaban los que la conocían que se había hecho una colecta entre algunos padres de estas niñas para mandarla a matar. Sucedió en la esquina del supermercado del barrio donde vivía. La cogieron a la salida y le descargaron toda una pistola. Pancha quedó tendida boca abajo. Testigos no hubo, nadie vio nada y cuando llegó la autoridad poco y nada hizo por esclarecer el crimen. De hecho, cuando estaban haciendo el levantamiento del cadáver se escuchó que los mismos policías decían —¡Siquiera que mataron a esta vieja hijueputa! —.

Aníbal seguía recordando estos episodios tan tristes mientras su cuerpo continuaba sin responder. Lentamente su cerebro se apagó y así cerró sus ojos. A la mañana siguiente un perro de raza pastor alemán se acercó, lo observó con extrañeza y comenzó a lamerlo por todo su rostro. Aníbal despertaba de un sueño profundo al sentir la lengua del perro y saltó asustado —¿Qué me pasó?, ¿dónde estoy? —. El perro lo miró alegremente moviendo su cola, y comenzó a hacerle mimos, se tiró al suelo y patas arriba ladraba de felicidad mientras él lo observaba y la vez se preguntaba por qué no había muerto. Miles de preguntas rondaron por su cabeza, ninguna respuesta lógica satisfacía su curiosidad. Aníbal se incorporó y agradeciendo a Dios por poder caminar y que todas sus extremidades estuvieran bien, salió a recorrer el camino en busca de alguna finca, choza o de algún lugar donde alguien le pudiera dar razón de dónde estaba, el perro que no se le despegaba lo acompañó en su caminata.

Según sus cálculos era casi medio día y su estómago comenzó a reclamar alimento. Aníbal llevaba casi un día entero sin probar bocado y no sabía si seguir hacia el norte o hacia el sur, parecía caminar en círculos. En ese momento recordó las palabras de un viajero que visitaba el prostíbulo donde había trabajado en su juventud, quien decía, entre sus muchas fantocherías, que si alguna vez se perdían en la selva

siempre debían caminar hacia el norte, y obediente a sus instintos comenzó a caminar.

Pasaban las horas y no se vislumbraba nada. Todo era llanura y de repente detrás de unos arbustos gigantes encontró un pequeño bosque. Aníbal se sentía un poco temeroso y pese a esa sensación decidió adentrase en el bosque con mucha cautela así que comenzó a atravesarlo poco a poco, caminó por varios kilómetros hasta que vio algo que le llamó la atención. Era un sendero marcado por unas flores que él no lograba identificar, eran grandes, esplendorosas y con unas combinaciones de colores fuertes entre pétalo y pétalo, una especie jamás vista; además emanaban un olor exquisito que lo incitaba a seguir caminando gracias a la confianza que le daban tan hermosos jardines. Aníbal sabía que debía atravesar ese sendero, su corazón lo animaba y en un momento de valentía exclamó estas palabras —¡No tengo nada que perder, Dios está conmigo! — y fue así como se hizo camino entre las flores y comenzó a recorrer el jardín poco a poco. Desde ese momento tenía confianza en Dios y en su destino, debía seguir adelante.

Muchos metros después Aníbal encontró una clase de puerta de madera antigua que se parecía al portón de una iglesia medieval grande e imponente, la cual estaba adornada por dos estatuas de leones que se apostaban a cada lado. Al ver la puerta trató de abrirla, pero no podía encontrar algún mecanismo para que esta se abriera. El perro que aún lo acompañaba comenzó a ladrar insistentemente y le mostraba con la trompa por dónde se abría, Aníbal fue entendiendo lo que el perro quería decirle e hizo caso a sus insistentes ladridos. Se acercó a la cabeza de la estatua y comenzó a sobarla por todos los lados para encontrar la llave de la puerta y al hundir el ojo derecho del león por casualidad la puerta se abrió. Aníbal exclamó un grito de felicidad y junto al perro terminó de abrirla, al entrar se encontraron con un pequeño sembrado de maíz y al final se divisaba una montaña majestuosa, al ver tan esplendorosa imagen no dudó en atravesar el maizal para tratar de subir la montaña. Él pensaba que encontraría alimento y saciaría su hambruna que, por cierto, lo estaba matando. Así que como pudo llegó a la falda de la montaña y comenzó a subir.

Aníbal caminaba y caminaba sin descanso y no encontraba nada de comer. Su lengua estaba seca y no se divisaba ningún riachuelo para tomar agua. Ya sin fuerzas se derrumbó, no daba más. Aníbal se había dado por vencido y de repente divisó a lo lejos una sombra de alguien que venía hacia él, sacó fuerzas y comenzó a seguirlo, y con sus últimos alientos le gritaba: —¡oiga!, espere—. El misterioso personaje comenzó a caminar más rápido, y Aníbal sin poder seguir su ritmo volvió a caerse y con lo que le quedaba de voz le volvió gritar nuevamente —¡Ayúdame por favor! —. Pensó que todo era inútil hasta que volvió a ver de forma borrosa cómo el personaje enigmático se acercaba con una canasta llena de víveres. El hombre lo tomó de su mano y le ayudó a incorporarse, le asistió para que tomara agua y le pasó la canasta para que escogiera lo que quisiera comer. Entre frutas, quesos y pescado Aníbal sació su hambre y ya más tranquilo miró a la cara al personaje y, extrañado por su atuendo, no aguantó su curiosidad y le preguntó: —¿quién eres? —. El personaje lo miró fijamente, sonrió y dijo: —¿de verdad no sabes quién soy? Él, extrañado respondió: —No. ¿Por qué debería saberlo?, además quiero saber qué hago en esta montaña— El extraño personaje dejó tanto misterio y descubrió su cabeza de la capucha que tenía su túnica y le contó quién era. —Soy un monje y pertenezco a una comunidad enigmática para el mundo, solo pueden saber de nosotros aquellas almas que desean conocerse y encontrarse consigo mismas, claro está, solo si su alma está dispuesta a lograr el mayor anhelo que todo ser desea. —Y, ¿cuál es ese anhelo?, preguntó Aníbal. —La felicidad. En cuanto a la pregunta por tu presencia aquí, te respondo: Dios te trajo para un fin que solo tú sabes y debes descubrir, si deseas continuar estoy dispuesto a llevarte a nuestro monasterio en donde aprenderás con disciplina y dedicación la forma de lograr la verdadera felicidad. Eso sí, quiero advertirte que alcanzarla no es tarea fácil, pero lo puedes lograr solo si tú quieres—. Aníbal, desconfiado, se incorporó y sin decir una palabra comenzó a retirarse replicando al instante —Creo que no estoy preparado para seguirte—. ¿Por qué?, dijo el monje. —Me da miedo de lo que pueda descubrir y ya bastante sufrimiento he tenido como para tener otra decepción. No me lo tomes a mal, la verdad es que ya no creo en nada, y para ser sincero creo que tú eres producto de mi imaginación—. El monje no insistió. Tomó su canasta de víveres y se despidió diciendo estas

palabras —Que la vida te de buena fortuna, fue un placer conocerte—. Aníbal dejó que se marchara y a lo lejos también se despidió.

El Monje comenzó a subir la montaña mientras Aníbal ya recuperado tomó camino hacia la salida. Quería encontrar su moto para irse de nuevo al mundo que le era familiar. Cuando iba bajando, de repente escucho una voz que le decía: —¿por qué huyes de mí? —. Asustado, él comenzó a mirar para todos lados en busca de la voz. —¿Quién eres? —, replicó Aníbal creyendo que de pronto era el monje que le estaba haciendo una broma o algún morador de la montaña. Sin obtener ninguna respuesta volvió a preguntar, esta vez, de una forma grosera y mal entonada —¿Quién eres?, ¿qué quieres?, ¿volverme loco? —. Por un instante Aníbal se preguntó si sería que ya había perdido la razón. Pasaron unos minutos hasta que prefirió no darle más importancia y continuar su camino, pero unos metros más abajo volvió a escuchar —¿Por qué te niegas a ti mismo? Esta vez no respondió nada porque sintió que esa voz era real.

Un frio intenso pasó por toda su columna vertebral y fue en ese preciso instante que supo que esa voz era la voz de Dios. Entonces reflexionó que, si Dios se acordaba de él en estos instantes tan duros, cómo no iba a ser obediente a su llamado. Aníbal cayó en la cuenta y comenzó a correr para buscar el monje, gritaba con todo lo que le daban sus pulmones para que él lo escuchara. —¡Espérame! Por favor, te lo suplico—. Angustiado porque iba a perder su única oportunidad de aprender a ser feliz, Aníbal corrió con todas las fuerzas que le daban sus piernas para alcanzarlo. Ya no lo divisaba —¡Maldita sea¡, ¿dónde está? —. Continuó con la búsqueda del monje aunque entre más subía la montaña sus fuerzas se iban acabando. Por un instante sintió que todo estaba perdido, y cansado de correr se sentó en una gran roca aburrido y decepcionado por su destino. Por inercia comenzó a mirar hacia al norte donde se veía una casa pequeña hecha en guadua, era de aspecto muy humilde. Lo curioso era que se encontraba en medio de la nada. Aníbal asumió que allí debía vivir alguien. Tomó nuevamente fuerzas y empezó a acercarse poco a poco hacia la casa. —¿Hay alguien ahí? Soy forastero y estoy perdido—, dijo. Al no tener respuesta e intrigado por saber quién vivía en el lugar, llegó hasta la puerta y justo en el

momento en que la iba abrir volvió aparecer el perro que lo había acompañado en su primera travesía.

El animal con ladridos y moviendo su cola le dio la bienvenida y con la trompa le hizo entender que debía acompañarlo. Tomó camino y comenzó a seguirlo pues debía atender a las señales y esta era una de ellas. Caminaron alrededor de treinta minutos cuesta arriba hasta llegar a una gran edificación medieval que se encontraba en un lugar inhóspito desconocido para la humanidad. Era asombroso, tenía el aura de un lugar de ensueño, algo jamás visto: sus colores, su arquitectura y, sobre todo, el aire de tranquilidad que se respiraba hacia entender hasta para el más incrédulo, que esto era obra de Dios. Fue cuando se dio cuenta que había llegado a su destino. El gran levantamiento hecho en piedra tallada era un hermoso monasterio con un aspecto ancestral que a pesar de los siglos que llevaba acuestas hacía que su belleza perdurara en el tiempo. El monasterio estaba adornado por infinidad de rosas de todas las clases que se apostaban a los lados del camino las cuales lo dirigían a él y al perro hacia la plaza principal.

Paso a paso Aníbal fue caminando asombrado por las personas que habitaban en el monasterio, y a su vez, ellos también lo observaban no con curiosidad sino como si siempre lo hubiesen conocido. Se sentía una energía como nunca la había experimentado, todo era paz, tranquilidad y recogimiento. Animado por la alegría de encontrarse en el monasterio, Aníbal se acercó a un grupo de personas que sacaban agua de un pozo, pero al saludarlos nadie le respondió. Aunque esto le pareciera un poco extrañado él no se desanimó y de todos modos se acercó a otro grupo de personas, pero ellos se retiraron al verlo. Él no entendía estas actitudes tan antipáticas así que decidió ignorar aquellos desplantes y continuó conociendo el lugar acompañado del perro que ya sentía como suyo. Aníbal observó varios salones y le llamó la atención que en estos había monjes pertenecientes a varias religiones. Esto lo deducía por sus vestimentas y sus rasgos físicos, y pensó que, en el mundo práctico y consumista, ellos podrían ser rivales acérrimos, pero en estos recintos era todo lo contrario.

En el primer salón observaba cómo meditaban los monjes. Esto lo supo porque en su ignorancia, le preguntó a un joven que se encontraba en el recinto qué clase de meditación estaban realizando, pero él le contestó de forma categórica —Deberías aprender lo primero: que es observar para saber cuándo preguntar—. Regañado, Aníbal cerró su boca y puso en práctica su primera enseñanza. Por eso dejó cualquier afán y se deleitó viendo cómo meditaban los monjes: con sus ojos cerrados en paz consigo mismos, y con un rostro alegre y sereno.

Pasaron más de tres horas desde que Aníbal había llegado al templo. Estaba sentado en silencio y haciendo el intento de meditar empíricamente remedando lo que hacían los monjes, pero no podía ni siquiera concentrarse porque tenía la mente confundida y atosigada de miles de pensamientos catastróficos que no le permitían calmarse. Por el contrario, intentar meditar le producía más y más desasosiego a su alma, y fue cuando en el último intento se levantó furioso y renegando salió del templo.

Impotente por no lograr concentrarse en la meditación se sentó al borde del pozo para tratar de respirar. Una señora de aspecto asiático le ofreció una totuma con agua, él lo recibió de manera muy amable y le dio las gracias. No obstante, la señora no le contestó. Aníbal observaba que por más que él quería entablar una conversación con alguien, nadie le respondía. Lo intentó con un anciano que pasó por el lado suyo y también fue inútil, la gente le miraba y seguía su camino. —¿Qué voy a hacer?, nadie me contesta, pensó—. Este no es mi sitio, no sé qué hago aquí, no entiendo nada, mejor me voy. En ese momento Aníbal decidió buscar la salida y en su afán se tropezó con una roca, se cayó de bruces, y al instante escuchó que unos monjes se burlaban de él. Esto produjo más ira en Aníbal y al tratar de levantarse vio una mano extendida, era la de una mujer hermosa, una criatura angelical de tez blanca, ojos azules, nariz respingada y de un aura sosegada que lo ayudó a levantarse. —Hola, soy Sara—, se presentó la dulce mujer de acento extranjero. Aníbal, por su parte, también la saludó un poco nervioso al ver tan esplendorosa belleza y le dijo: —soy Aníbal, por fin encuentro una persona que me dirige la palabra, he tratado de entablar una conversación con alguien del monasterio pero ha sido imposible—.

Sara, siempre sonriente, le contestó: —no los culpes, no han hablado contigo no porque no quieran. Son monjes que están haciendo votos de silencio y esto es una forma de purificar su conciencia de muchas de las palabras que, consciente o inconscientemente hemos dicho sin medir consecuencias de lo que pueden producir. Pero no te quiero aburrir con eso. Más adelante tu maestro te lo explicará. Debes estar sorprendido por lo que has vivido hasta ahora, permíteme presentarte la comunidad, así le hemos designado a este monasterio. Todos lo que lo habitamos estamos por una sola razón y es la búsqueda de la verdad, la cual es el único camino a la felicidad—. Aníbal muy atento a las palabras de ella le pidió que le diera más información.

Ella lo invitó a dar un paseo por los amplios jardines que rodeaban el monasterio. Él aceptó encantado y de una vez comenzó a preguntarle por el sitio. Sara le respondió contándole que este era un monasterio de la época de la conquista construido por unos padres capuchinos de la Orden Franciscana. El templo fue edificado en una parte recóndita con un acceso muy difícil para que los monjes que vivieran ahí pudieran dedicarse a su vocación, que no era otra cosa más que la contemplación y el estudio de la verdad. Muchos años después los padres capuchinos que construyeron el templo se fueron muriendo poco a poco hasta que el último de los padres, el fraile Antonio de Firenzo, dejó un baúl con instrucciones precisas en las que explicaba las coordenadas del claustro; además de sus pensamientos sobre lo que era para él su filosofía de amar a Dios y vivir en contemplación y sabiduría. Este baúl fue enviado a su hermano, un hombre ermitaño que vivía en las afueras de Santiago de Compostela, y dentro del baúl estaban las indicaciones para que se cumpliera su última voluntad. Esta consistía en que la información debía entregarse a los grandes hombres de conciencia pura y vocación sincera del mundo para que, en secreto, se divulgara a los espíritus que en verdad deseaban el camino de la verdad.

Fue de esta manera que el hermano envió este legado a los grandes maestros. Todos ellos tomaron la decisión de continuar con el legado del padre Antonio para llegar a reconquistar nuevamente el monasterio a partir de la filosofía del amor, el bien y la tolerancia. Parecía una idea loca que religiones tan opuestas y por las que han muerto miles de

seguidores por imponer su voluntad se pudieran dar cita en este monasterio y, asimismo, todos pudiesen convivir bajo un mismo techo. Además, que pudieran retroalimentarse con sus propias filosofías, todo con el fin de encontrar la verdad. Eso sí, siempre respetando sus credos y compartiendo la esencia de sus religiones. Fue de esta manera que desde hace cien años el monasterio volvió a funcionar, y sin alejarse de la edad moderna, cada vez son más las personas que llegan como tú para buscar un verdadero sentido de la vida. Aníbal atento a todo lo que le contaba Sara le dijo que él no sabía cómo había llegado hasta este monasterio y que además no entendía que hacia allí pues en su vida nunca hubo la intención de buscar ayuda, solo de huir, y sin saberlo, había llegado a este monasterio en circunstancias que todavía no entendía. Sara lo escuchó y le dijo: —tranquilo, a todos los de la comarca nos ha pasado de una u otra forma, solo hemos escuchado el llamado del padre que nos ha traído hasta aquí—. Aníbal replicó —Pero ¿cómo pudo Dios hacerme un llamado si ni siquiera lo he escuchado? —. Sara lo miró y le dijo con suave voz —Él sí te escuchó, y por eso de una u otra forma hoy estás con nosotros. Quiero mostrarte algo, ¿te interesa? —. Sí, por supuesto. Sara lo tomó de la mano y lo llevó a la parte de atrás del monasterio que colindaba con un campo llano y frondoso. En la mitad del campo se abría paso un riachuelo que bajaba por medio del valle hasta llegar a una cascada grande y cristalina. Sara le mostro este lugar y lo invitó a sentarse, —acomódate— le dijo, —quiero que te deleites con este bello día que Dios nos ha regalado y nos acompañemos mientras llega un invitado que te quiere conocer—. Aníbal sorprendido dijo: —¿quién me quiere conocer? Ella lo tranquilizó con un gesto y lo invitó a cerrar los ojos por un momento. —Cierra tus ojos y déjate llevar por mis palabras—, dijo Sara, y lo empezó a guiar en una breve meditación.

Comenzó diciéndole: —siente el placer que trae el viento que viene y se va tocando tus mejillas y oxigenando tu espíritu, date este majestuoso regalo de ser consiente por un momento en la vida—. Él, muy atento se dejó llevar, y sin mucho apuro hizo lo que ella le indicaba. Después de unos minutos, a pesar de que su mente no dejaba de pensar, Aníbal comenzó a sentir el placer del viento frío que tocaba su cara que contrastaba con el calor del sol, algo tan sencillo y cotidiano que nunca

lo disfrutaba, y mientras vivía esta experiencia, su mente empezó a tranquilizarse, tanto que en su meditación y por su mínima experiencia se quedó dormido profundamente. Nunca supo cuánto tiempo durmió hasta que escuchó el sonido que provenía de un cuenco tibetano del cual se desprendía un sonido fuerte, seco y duradero. Al escucharlo Aníbal salió inmediatamente del sueño profundo en el que estaba, el sonido del cuenco despertó en él una sensación que jamás había experimentado. Parecía como si hubiese estado en una dimensión desconocida que iba despertando en él un anhelo acerca del conocimiento interior.

Al abrir sus ojos de nuevo se encontró con el rostro de Sara que estaba sentada en posición de loto y al lado derecho de él estaba un hombre anciano de tez arrugada, de túnica color naranja, y que también estaba en meditación contemplativa. Él lo observó intrigado por su aparición, trató de tocarlo y al acercar su mano el hombre dijo: —ya he llegado. Aníbal lo miró y preguntó: —¿quién eres? —. Al escuchar la voz de los dos Sara también abrió sus ojos y salió de su meditación, y a continuación contestó por el anciano —Él es el maestro que te asignaron para tu encuentro con la verdad. Su nombre es Prajna que traduce sabiduría. Él te acompañará por este arduo camino, yo lo estaba esperando para presentártelo y para despedirme de ti ya que es hora de que comiences a crear tu propio destino. Te deseo suerte y bendiciones en tu nuevo camino, nos estaremos viendo más adelante—. Aníbal un poco ansioso, se paró y la tomó de la mano, le preguntó dónde la podía encontrar, y ella le respondió con su dulce voz —Tranquilo. Estaré en la comunidad. Recuerda que todos somos hermanos y a su debido tiempo tendremos tiempo de seguir conociéndonos. Luego, ella se acercó, lo abrazó y lo besó en la mejilla de una forma cálida y amorosa, y le susurró al oído —Sé que lo lograrás—.

Y de esta manera se despidió de los dos. Acongojado por ver que la única persona que había estado con él desde que llegó a este sitio se había ido, y con la incertidumbre de lo que podía pasar con su nuevo maestro, Aníbal tomó la iniciativa de entablar conversación. Comenzó por preguntarle —Maestro, ¿qué vamos a hacer? El anciano sonrió y le dijo: —lo primero que harás es caminar conmigo hacia tu hogar transitorio, tu aposento—. Él lo acompañó sin problema y tomaron

camino por una colina cercana al monasterio, y luego de varios kilómetros llegaron al destino: un pequeño bosque lleno de árboles frutales y una pequeña cascada de agua dulce. El maestro anunció: —este será tu hogar por estos días, descansa en este aposento. Era una clase de choza que tenía una esterilla para dormir, una túnica blanca y otra de color purpura, y una canasta con algunos víveres. Aníbal le preguntó al maestro —¿cuándo comenzaremos? —, y este le dijo: —cuando tú estés listo. Por ahora debes descansar. Un cuerpo sin reposo es una bomba a punto de implosionar—. Y dichas estas palabras, el maestro se despidió y se fue camino al monasterio.

Aníbal sin saber qué hacer, se acomodó en la choza y se acostó en la esterilla, luego de unos minutos se quedó dormido profundamente. Mientras dormía, tuvo una pesadilla. Le llegaban imágenes en las que era arrestado por las autoridades y era llevado a juicio. En el recinto todo el mundo lo juzgaba. Angustiado por tan horrible panorama se veía a sí mismo aterrorizado, y mientras buscaba entre el público alguien que siquiera lo acompañara, el juez tomó la palabra y dio sentencia de pena de muerte por el asesinato del hermano de su exsuegro. En el sueño la gente le gritaba —¡Asesino! —, su suegro, Alicia y su nuevo amante se reían al ver que Aníbal sería ejecutado.

Él escuchaba las risas de las personas del jurado y los gritos del público cada vez más fuerte. Se despertó cuando el juez nuevamente golpeó con el mazo fuertemente la mesa y dijo: —¡muerte para el acusado! —. Fue entonces que, angustiado abrió los ojos, y con un fuerte dolor en el pecho grito: —¡Dios mío! ¿Qué he hecho? —. Sin poder volver a conciliar el sueño, Aníbal salió de la choza y trató de tranquilizarse, estaba sediento. La cascada se encontraba a unos metros de la choza y debía buscarla bosque adentro, pero eso no lo detuvo, se internó en este y comenzó a buscar agua hasta encontrarla. Era un río pequeño adornado de una majestuosa cascada, era algo parecido a un oasis, se acercó y tomó un poco de agua. Ya un poco más sereno observó todo lo maravilloso que lo rodeaba: árboles frutales, rosas hermosas, y animales fantásticos que lo acompañaban, además de la luna que alumbraba tan mágica noche. Todo esto le producía serenidad. Aníbal sabía que estaba seguro en la comunidad, pero si volvía a la

civilización sería devorado por los lobos de su exsuegro y su familia; lo mejor era seguir escondido. Aníbal volvió a su lecho y al no poder dormir esperó a su maestro.

Pasó un largo rato y el maestro no llegaba, no había noticias de él. Llegó la noche y nunca arribó. Aníbal se fue a su aposento triste y desilusionado. Pensó que de pronto el maestro no había podido ir por algún motivo de fuerza mayor y se acostó con la ilusión que pronto llegaría.

Al otro día volvió a levantarse temprano. Aníbal fue hasta el río, se bañó y se alistó para esperar a su maestro, pero nuevamente pasaban las horas y él no aparecía. Ya preocupado, Aníbal decidió ir a buscarlo y tomó camino hacia el norte en dirección al monasterio, después de varios kilómetros, y cansado por el trajín de la caminata se sentó en una piedra que estaba debajo de un árbol para reposar. Después de un rato volvió a retomar el camino, pero fue en ese instante que se dio cuenta que estaba perdido, ya no sabía a ciencia cierta cómo regresar a la choza, y mucho menos, dónde quedaba el monasterio.

Con este panorama, Aníbal ignoraba qué hacer. Indeciso, comenzó a caminar en busca de una salida, de algún sitio donde alguien lo pudiese orientar, pero entre más recorría nadie aparecía. Nuevamente estaba en la misma situación que al principio, solo que esta vez, no se veía nada en el horizonte. Sin embargo, él no desfalleció y continuó con la esperanza que algo debía aparecer, algo que lo pudiera guiar, y después de unas horas se encontró con un camino en bajada. Feliz por creer que había hallado la salida Aníbal aceleró el paso y comenzó a descender, más adelante vio que el camino se ponía peligroso porque estaba rodeado de muchas piedras y plantas espinosas. Luego de superar la parte más espinosa pensó que lo mejor que podía hacer era irse, pues no veía sentido estar en esta aventura: su suerte ya estaba echada y lo más seguro era que él fuera a la cárcel. Por eso decidió que bajaría por el sendero hasta que se encontrara con la civilización y las autoridades lo arrestaran.

Mientras caminaba, Aníbal pensaba en miles de preguntas que llegaban a su cabeza sin saber la respuesta. Por ejemplo, sobre cómo

sería su llegada, lo que tendría que afrontar y sobre cómo sería su vida tan desgraciada en una cárcel acompañado de miles de traumas con los que convivía, y que hasta el momento no habían sanado. Metros más adelante se encontró con un sacerdote que estaba recogiendo unas guayabas de un árbol, el hombre de tez negra y con unos kilos de más recolectaba estos frutos que caían del árbol con solo sacudirlo. A Aníbal le llamó la atención y se acercó —Señor, ¿usted es de la comunidad?, le preguntó. El sacerdote volteó sin prestarle mucha atención por estar sacudiendo el árbol y le respondió agitado: —claro que sí—. Aníbal observaba que el hombre era muy feliz en esta tarea y la curiosidad no se hizo esperar. —Padre, ¿le puedo hacer una pregunta? Él le contesto: —claro hijo, ¡por supuesto! Es que noto en su cara mucho placer en recolectar esas guayabas, su rostro refleja que es feliz haciendo una tarea tan normal y lo hace como si fuera algo maravilloso. El padre dejó de sacudir el árbol y se prestó a contestarle —Y lo es. ¿Tú no lo aprecias así? Aníbal lo pensó por un segundo y le contestó: —No—. El padre agarró una guayaba y se la entregó diciéndole: —quiero obsequiarte este fruto, cómelo—. Él no vio nada sospechoso a pesar de que no lo conocía y se comió la guayaba. El sacerdote le dijo: —no la mastiques como un robot, saboréala, cierra tus ojos y siente en su dulzura lo que ella hace por ti: los nutrientes que dejará en tu cuerpo, la forma en la que logra mitigar tu fatiga y las fuerzas que te dará para continuar tu camino—.

Aníbal asimiló todo lo que le decía y comenzó a saborear el fruto. Lo primero que sintió era que toda la vida había comido manjares pero que nunca los había apreciado y mucho menos lo que ellos le aportaban para vivir. Mientras pensaba en eso el sacerdote lo volvió a llamar con voz fuerte —Aníbal, estamos en el presente, ¡concéntrate! —. Él abrió sus ojos con la nostalgia de volver a la realidad, pero la vio de otra manera. —¿Todavía te quieres ir?, le dijo el sacerdote. —No lo sé—, respondió Aníbal en tono indeciso y desorientado. —No sé qué hacer ni cómo hacerlo. Estoy en una encrucijada que ni yo mismo entiendo—.

El sacerdote se sentó en un tronco en el cual habitaban varias ardillas y en vez de huir salieron a recibirlo como si él fuera su amo. Al observar el amor y respeto que él tenía con tan hermosos animales, Aníbal

entendió que para ellas el sacerdote no representaba ningún peligro como tampoco para él. Cuando él jugueteaba con las ardillas Aníbal también observó algo sorprendente en el sacerdote: había un destello blanco y luminoso que cubría todo su cuerpo. Lo que estaba viendo era su aura limpia y transparente la cual lo llenó de total confianza, amor y ternura, algo que Aníbal nunca había experimentado. Así que entendió que era uno de sus maestros y que Dios lo había enviado.

Mientras tanto, el sacerdote tomó otra guayaba y procedió a explicarle su primera lección, no sin antes preguntarle —¿Por qué te quieres ir?, ¿te das por vencido sin tan siquiera intentarlo? Aníbal bajó su mirada y con un gesto de vergüenza no supo qué contestar. —Tranquilo—, le dijo el sacerdote —No estás acá para recriminarte, por el contrario, hay muchas cosas que debes aprender y entender, y eso te liberará de tus cargas emocionales que te están autodestruyendo. Lo primero que debes aprender es a tener paciencia pues nada se construye de la noche a la mañana. Tu desintoxicación en el silencio requiere de mucha voluntad y paciencia, estos son dones de los que careces, estoy seguro de que con disciplina lograrás aprender. Tu maestro Prajna quería que tú aprendieras eso y muy rápido desististe. Por eso estás conmigo, tú crees que has perdido dos días de tu vida sin saber todo lo que has ganado—
.

Al estar solo sin que nadie te hablara y sin que tú lo supieras has logrado algo que nunca habías hecho —¿Qué cosa?, replicó Aníbal. —Mientras dormías llorabas, cantabas y murmurabas. Eso que hacías eran las manifestaciones de tu niño interior que estaba expresándose por haber sido tan maltratado; al igual que todos los que han llegado a la comunidad. Pero a pesar de estas circunstancias tan dolorosas está solo en nosotros ser responsables de este sufrimiento mediante la conciencia plena, esto quiere decir que tenemos que entenderlo, padecerlo y convertirlo en el comienzo de una gran felicidad. Ningún ser humano es exento de ser infeliz en algún momento de su vida, pero está en nosotros cambiar este presente tan desdichado por uno mejor. Nadie tiene la varita mágica para hacerte feliz: solo tú. Nosotros, tus maestros, te daremos el conocimiento para que lo apliques, pero solo tú decides si eres feliz o no—. Aníbal se quedó pasmado antes las palabras y dijo:

—¿qué debo hacer para salir de este sufrimiento tan arduo en el que vivo?, me siento ahogado en la incertidumbre sin saber qué será de mi vida. Siempre quise ser un buen ser humano, tener hijos, ser un excelente papá, un buen ciudadano y tener al amor de mi vida, una compañera que me ame por lo que soy y no por lo que tengo—. Después de estas palabras Aníbal no pudo contener su llanto y se derrumbó, lloraba fuertemente, ¡su resistencia no pudo más! Las fuerzas que sacaba desde sus adentros flaquearon y todos sus miedos y temores salieron a luz delante del sacerdote. Él por su parte, lo animó con estas palabras: —hijo, nada se ha perdido. Esta guerra apenas está empezando, tú has perdido una o varias batallas, pero no la guerra. Has hecho este viaje hasta este lugar guiado por la iluminación de nuestro ser supremo y él te ha dado esta oportunidad para que la aproveches, ¡no te rindas!, tienes derecho a ser feliz y Dios sabe que tienes el potencial para lograrlo. Tú decides. Aníbal dejó de llorar, se limpió la cara y pensó reflexivamente —Yo puedo hacerlo—. El sacerdote sonrió y lo invitó a que volviera a su lecho. Lo llevó hasta allá puesto que Aníbal se había perdido, y caminaron juntos, pasaron varias horas de senderismo hasta que llegaron a la choza. Antes de irse, el sacerdote lo animó con unas palabras —Recuerda: tú eres el artífice de tu propia felicidad, nadie vendrá a regalártela, solo tú la puedes crear. Debes luchar por ella. Aníbal le agradeció por sus palabras y por lo que había hecho por él. Se despidieron —Hasta luego padre—, y él le contestó: —pronto nos volveremos a ver—, y tomó nuevamente camino de regreso.

CAPÍTULO II

Un ser llamado esperanza

Al siguiente día y muy temprano llegó el maestro. Aníbal estaba dormido y los destellos del sol apenas se asomaban cuando él hizo sonar su cuenco. Esto hizo que el joven alumno se despertara de inmediato y saliera a ver quién había llegado. Se encontró con su maestro, esta vez él iba vestido con una túnica roja y de su espalda salían resplandores de luz de diferentes colores. El maestro lo miró fijamente y le dijo: —¿estás listo para este viaje fantástico que vamos a hacer? —¿A dónde?, preguntó Aníbal. Vamos hacia las cumbres del conocimiento espiritual porque quiero que entiendas que todo lo que se te enseñe tiene un fin generoso con la humanidad.

—No puedes ser egoísta y debes compartir tus conocimientos con las personas que lo necesiten. Además, siempre encontrarás seres dispuestos a aprender y a tratar de salir de la ignorancia en la que han vivido—. Aníbal preguntó: —pero ¿cómo sabré quién lo necesita? —Tranquilo, cuando el alumno está listo, surge el maestro—. A continuación, Prajna lo invitó a sentarse junto al árbol que había cerca de la choza y continuó diciendo: —quiero que empecemos con una de las lecciones más importantes: el cáncer que está destruyendo a la humanidad. Uno de ellos es el *tener*. Vives en un mundo consumista y agresivo en el que todos los seres humanos de una u otra manera viven esclavos del dinero. Todos desean cada vez más y más, y los que no desean, lo hacen desearlo. ¿Me sigues? —¡Claro maestro! —En nuestra sabiduría la cual se concentra en el amor, la comprensión y la verdad, entendemos que no se puede ser ajeno a la parte material, por el contrario, somos dignos de pertenecer a ella como parte del tránsito a la otra vida. Tu vida debe ser de equilibrios, esa es una de las grandes enseñanzas. No puedes alejarte definitivamente de la vida material y solo entregarte a la vida espiritual o viceversa. La clave está en cómo manejemos esta armonía, recuerda que la gran diferencia no es *tener* sino *ser*, creo que esta máxima las has escuchado muchas veces, pero

yo le cambiaria algo, pues no es el *tener* para *ser* sino *ser* para *tener*. Los seres humanos somos de extremos y creemos que, si somos espirituales, todos deben vivir como vivimos nosotros los monjes: sin posesiones ni lujos, entre otras cosas. Pero lo que no entienden es que no las necesitamos porque estamos en un nivel más elevado de espiritualidad en el que las cosas materiales no existen y, por eso, somos almas que han ascendido.

Ello no significa que desconozcamos que la sociedad es una selva de cemento donde se debe luchar para encontrar la forma de subsistir. La gran mayoría de las cosas se compran y eso está bien dado que dinamiza la dignidad del trabajo. Lo triste es que la gente no comprende que la vida no se puede ir únicamente en conseguir. Pero esto no debe ser nuestro único objetivo —acotó el maestro—, ¿por qué no vivir mejor si se pueden conseguir cosas maravillosas que han creado los hombres con la inspiración de Dios? No hay nada de malo en eso o tú, ¿qué crees? Aníbal exclamó: —viéndolo así no le veo nada de malo—. El maestro retomó sus reflexiones diciendo: —lo dañino es que la humanidad los convirtió en sus dioses, y a su vez, esto ha creado una trampa de autodestrucción que se llama codicia.

Esa es una de las tantas causas por las que estás aquí sentado escuchándome y es algo por lo que te martirizas todo el día machacándote que eres un fracasado, como si el dinero y el oro comprara todo lo maravilloso que tú eres. Otra cosa es que nunca lo has apreciado y has construido un esquema mental con el cual te educó la sociedad: que el no poseer te hace menos persona frente a los demás. Tu amor propio es cuantificable. No te culpo por eso, eres un ser sin iluminación, pero debes aprender a valorarte, amarte y respetarte. Vas a darte cuenta de que estas tres cualidades serán tu bastión para triunfar en la vida. Justo en este momento me surge una pregunta para ti: ¿qué necesitas para ser feliz? Aníbal se tomó un momento para pensar. Llegó a la conclusión que para ser feliz debía volver con su exesposa, tener dinero para ser respetado y vengarse de todos los que lo habían humillado. Prajna lo observó y señaló —Sé lo que estás pensando. Debes tener en cuenta que tu mente puede ser tu mejor amiga o tu peor enemiga, ella es como un caballo desbocado y tu misión es amaestrarla

para que haga lo que nuestro corazón desea. La venganza es un veneno que destruye tu aura y no puedes ser feliz si haces daño a otras personas así estas te lo hayan causado. El que vive bajo las órdenes de una mente desordenada está condenado a un destino lleno de desgracias—. Aníbal asombrado por todo lo que decía el maestro expresó consternado y confundido —No entiendo, desde que tengo uso de razón sé que mi mente es la que me guía para vivir—. Puede ser, pero si está bien entrenada, contestó el maestro. —Alguna vez te has hecho la pregunta de ¿por qué no eres feliz? —. Aníbal contestó casi de inmediato —Será porque mis decisiones, pensamientos y acciones han sido equivocadas. Prajna le refutó —Antes de contestar por favor piensa bien lo que me vas a decir, de tu respuesta depende si continuas en tu vida actual o eliges el camino de la iluminación—. Aníbal se tomó varios minutos antes de pronunciar alguna palabra. El maestro lo animó diciéndole: —cierra tus ojos y trata de hacer un poco de meditación. Respira profundo y mantente tranquilo, pide la asistencia del espíritu santo, él no dejará que tu mente te engañe. Tus pensamientos vendrán desde el corazón. No te resistas al cambio y déjate llevar por la bondad de Dios, de su hijo y del espíritu santo y encuentra tu verdad: solo tú la sabes.

Aníbal comenzó a respirar lentamente pero después de un rato su respiración era agitada, su rostro se congestionó, se puso rojo como un tomate, y así permaneció alrededor de veinte minutos. En ese tiempo miles de imágenes llegaron a su mente. Comenzó por recordar cuando su madre había sido víctima de los golpes de su papá cuando él llegaba borracho, además de su muerte trágica. Las imágenes llegaban muy rápido a su mente y era imposible detenerlas. También vio cuando su exesposa lo despreció y lo humilló cuando él la descubrió en brazos de su amante, y la más impresionante, cuando golpeó con una botella de vidrio la cabeza de don Ambrosio. El maestro lo llamó —Aníbal, ¡despierta! Ya sabes tu respuesta—. Él calmó su respiración, su rostro volvió a su color normal, abrió los ojos y miró fijamente a Prajna y le dijo —Ya sé qué es lo que me hace infeliz: el odio—. El maestro con cara de satisfacción se alegró y exclamó —Tenía mucha fe en que lo descubrirías, ¿cómo te sientes hasta el momento? Aníbal contestó: —mucho mejor. Por fin soy consciente de qué es lo que me pasa, acabo de ver que yo vivía entre sombras perdido en mí mismo sin entender el

porqué de las cosas. Ahora siento que entre más me descubro más consciente soy. Veo la vida más clara y sencilla. Prajna intervino — Es eso lo que debes entender. Para ser feliz debes tener sencillez, como aquella que tienen los niños, ya lo decía Jesús el hijo de Dios.

Debemos ser inocentes, y en cuanto a la maldad no hay que darles cabida a sentimientos de odio y venganza. Si por esta fuera deberíamos tener en cuenta la ley del talión de ojo por ojo y diente por diente, pero ¡qué clase de espiritualidad tendríamos! Al pagar con la misma moneda a todo aquel que nos ofende, lo más seguro es que también a nosotros alguien nos cobre alguna falla que hayamos hecho. Recuerda que somos humanos. Prajna tomó un momento para refrescar su boca y continuó con su disertación —¿Te acuerdas cuando eras un niño?, ¿qué era lo que más te gustaba y disfrutabas? Aníbal recordó los diciembres en su barrio, el 24 los niños sacaban lo mucho o lo poco que les había traído el niño Dios, y entre estruendos de pólvora y gritos de felicidad se prestaban los juguetes los unos a los otros, no había egoísmo, algo inusual en los infantes. En el barrio donde creció era mágico pues todos eran felices, la gente se olvidaba de sus penurias económicas y de las tristezas que llegaban con ella. Todos los vecinos compartían la cena de navidad y llevaban de casa en casa un poco de lo que habían cocinado para comer. —Era muy feliz. Parecía que el tiempo se paralizaba—, respondió Aníbal. —Y, ¿cómo te sientes ahora? —, exclamó el maestro. —En ese tiempo feliz, pero ahora me siento arruinado, triste, desesperado, y con un futuro negro—. Prajna se incorporó y comenzó a caminar lentamente pensando en qué decirle. Paró y concluyó — Hermano: no eres un desdichado solo te has dejado contaminar por una sociedad enferma. Piensa en esto ¿cuándo eras tan feliz necesitabas de mucho? La verdad no, ¿cierto?, ¿cuál era tu regalo de navidad? Aníbal contestó —Casi siempre eran juguetes artesanales que construíamos entre mi mamá y yo. Podía ser un balero de madera o un carrito de cartón, pero eso no importaba tanto. Mi felicidad consistía en que mis juguetes eran de mis amigos y los de ellos eran míos—.

El maestro Prajna tomó una piedra y mientras la lanzaba fuertemente dijo: —la razón por la que estás aquí es para volver a lo básico, lejos del ruido, la ambición y la angustia del *tener*. Debes conseguir la fuerza

necesaria para volver a renacer como el ave fénix—, y mientras hablaba, aumentó el sonido de sus palabras acotando —Esta pelea no se ha acabado, ¡debes ir por la victoria! Aníbal encantado por el optimismo de su maestro sonrió y le dijo: —pero ¿qué debo hacer? El maestro enunció: —primero lo primero. Debemos descansar, ya ha llegado el ocaso y nuestros cuerpos deben reposar—. Obediente a las órdenes del maestro tomaron camino al aposento. Aníbal se quedó en su lecho y el maestro se despidió diciéndole: —descansa. Mañana iremos a conquistar tu destino—. Después de esta despedida el maestro se fue riendo como era característico en él.

Durante la madrugada se escuchó nuevamente el sonido del cuenco y Prajna con una voz de mando militar dijo: —¡a levantarse! Debemos luchar por la felicidad desde muy temprano. La vida material se acaba en un abrir y cerrar de ojos, por eso debemos apurarnos—. Aníbal se despertó y como pudo se puso sus sandalias, arregló su túnica y salió al encuentro con su maestro. Prajna había venido acompañado de dos monjes. Ellos vestían diferentes túnicas y se caracterizaban por no pronunciar ninguna palabra. —¿A dónde vamos?, pregunto Aníbal —. Ya lo sabrás, contestó el maestro. Comenzaron a caminar mientras el amanecer daba sus primeras muestras con unos destellos suaves de sol.

Caminaron durante varias horas sin pronunciar palabra. Aníbal sospechó que se habían perdido y fue entonces cuando preguntó: —¿dónde estamos? El maestro contestó: —tranquilo vamos hacia el río de la Esperanza. Quiero que lo conozcas y sientas porqué se le ha apodado de esta manera. Aníbal sin poner ningún reparo calló y solo se dejó guiar por su maestro. Así, pasaron más de dos horas de caminata bosque adentro hasta que Prajna anunció: —estamos por llegar, prepárate. Él expresó inquieto —No entiendo ¿qué vamos a hacer a un río, ¿vamos de paseo? El maestro puntualizó —La vida es un paseo. Eso sí, depende de lo que quieres que sea: recuerda que tu felicidad está en tus manos. ¿Acaso tú nunca fuiste feliz cuando salías de vacaciones? Aníbal cayó en la cuenta de que, técnicamente, no había sido feliz en ninguna de sus vacaciones, sencillamente porque nunca había ido a ninguna, ni siquiera cuando se casó ya que los ahorros que tenía no le alcanzaban para llevar a su esposa al destino que ella deseaba. Además,

en un arrebato de orgullo él no quiso aceptar un viaje a Europa que sus suegros les habían dado como regalo de bodas, todo porque él lo veía como una humillación sobre todo porque su suegro no perdía oportunidad para restregarle en la cara que él era un muerto de hambre.

Aníbal recordó que su esposa ante esa situación tan triste lo apoyó y entre ambos acordaron que en un futuro no muy lejano irían al destino que ella quería. Cosa que nunca pasó. Este recuerdo junto con otra remembranza amarga de su infancia le dolió muchísimo. Recordó que en el colegio donde estudió la primaria organizaron un paseo al zoológico de la ciudad, y la cuota para ir era mínima ya que parte de las entradas eran donadas por la alcaldía. Sus padres de forma categórica le dijeron que en esa ocasión no había dinero para esos lujos, y al pequeño Aníbal le tocó resignarse con ver a los animales desde afuera del zoológico y hacer como suyas las aventuras que contaban sus compañeros que habían entrado. Años después cuando su madre falleció, él encontró su diario. Era un pequeño cuaderno viejo y manchado en el que ella se desahogaba y contaba sus sufrimientos al no poder darle a su hijo lo que él deseaba, todo porque la miseria los arropaba, y ella por su enfermedad no podía trabajar pues tenía cáncer. De esta forma tan cruda Aníbal comprendió cómo su madre hizo hasta lo imposible por quedarse en esta tierra para acompañarlo pese a su estado de salud. Y con todo, su muerte llegó de la manera en la que menos se lo esperaba.

Al volver a su momento presente que era el de la caminata con su maestro y los dos monjes, Aníbal empezó a escuchar el sonido del río. —Por fin llegamos—, dijo el maestro. —¿Estás preparado? Aníbal después de recordar con tanto dolor lo que le había pasado expresó: —¿sabe maestro?, la verdad es que he llegado a un estado que no sé si sea bueno o malo porque ya no me importa nada—. Ante estas palabras Prajna respiró hondo y le manifestó: —¿crees que eso es vivir? No. Eso es sobrevivir. Sé que tu sueño más grande es ser feliz y disfrutar de todo lo que esto encierra, pero esta no es la actitud—. Él le refutó —Pero ¿qué quieres de mí?, no me queda nada. Todo lo he perdido—. El maestro habló más fuerte —Debes ser valiente. No te dejes vencer por el miedo y la autocompasión, ¿tú crees que eso te ayudará? Por el

contrario, eso te matará lenta y cruelmente—. Pasaron unos segundos eternos después de la discusión y, ya más calmado, el maestro le habló de manera más sosegada —Yo creo en ti al igual que todos los maestros y, sobre todo, tu padre eterno. Date la oportunidad—. Aníbal secó sus lágrimas y con su voz quebrantada concluyó —Claro que sí maestro—.

Era el momento de llegar al río del que hablaba Prajna. Recorrieron unos metros y después de hacerse camino en medio de los arbustos al fin llegaron. Aníbal, maravillado, vio el famoso río de la Esperanza. Eran unas aguas cristalinas y tranquilas acompañadas por una delgada cascada que nacía entre los riscos. Además de ser un hogar de cisnes y gansos preciosos que disfrutaban de la visita de los monjes. El maestro giró su cabeza y mirándolo levantó las cejas en gesto de asombro y señaló —¿Cómo te parece?, ¿no es maravilloso? —. Los monjes que venían con el maestro descubrieron sus cabezas de la capucha que acompaña la túnica, tomaron agua y se refrescaron, el calor era muy fuerte y ante la delicia de la brisa que daba el río se sentía soportable y placentero. Aníbal, un poco escéptico por todo lo que estaba viviendo sintió el llamado de su alma y de la forma más espontanea levantó su cabeza, miró el cielo, cerró sus ojos y oró —Padre bendito en tus manos me entrego, por favor guíame e ilumina mi camino—. Dicho esto, se arrodilló y besó la tierra, luego se incorporó y dijo con tranquilidad —Maestro, estoy listo—.

Prajna sacó unas esencias y comenzó a organizar todo para su iniciación. Este ritual conformaba la tradición de los primeros maestros que se reunieron para instituir el monasterio. El ritual para purificar el alma de los que buscan a Dios era como un estilo de bautizo, pero este no solo era con agua sino con esencias que se utilizaban como una forma de estar en paz con el creador. También lo hacían para que les diera fuerza en las batallas, que no solo eran en la guerra, sino para una más fuerte: la vida misma.

Prajna hizo un rezo acompañado de los otros monjes, bendijo las esencias e invitó a Aníbal para que entrara en el río. Él lo hizo. Desató sus sandalias y poco a poco se sumergió. Mientras tanto, los monjes

comenzaron a cantar un himno, y el maestro tomó las esencias y fue dirigiendo esta oración hacia el cielo para iniciar a Aníbal en el camino de la felicidad:

—Padre bendito creador de todo lo visible y lo invisible, hacedor de amor, en tus manos encomendamos el cuerpo, alma y materia de nuestro hermano Aníbal Certés quien en su bondad de corazón desea encontrar la conciencia pura para entender la felicidad que viene de ti, y proyectarla de esta manera en este mundo material y espiritual para que esta sea la única fuente de verdad y amor infinito—.

Luego de estas palabras Aníbal alzó su cabeza mirando al cielo y vio cómo los rayos del sol acariciaban su rostro. De sus ojos comenzaron a salir lágrimas de felicidad y de amor pues estaba entendiendo que todo estaba perdonado, y con regocijo en su alma decidió sumergirse hasta el fondo dentro del río disfrutando de la paz que había alcanzado.

El maestro y los monjes se veían muy contentos, sonreían y se abrazaban los unos a los otros. Ellos sabían que lo estaban consiguiendo y que Aníbal comenzaría a vivir el despertar de la conciencia pura. Después de un rato Aníbal salió del río feliz por la experiencia y le preguntó al maestro cuánto duraría esta felicidad. Prajna, muy sorprendido ante la pregunta le contestó: —eso solo tú lo sabes. En la vida todos los instantes no son de felicidad, esto es un camino que se recorre día a día y en el andar se decide ser feliz o no—. Aníbal volvió a comentar —Pero lo que sentí con esta experiencia era el grado máximo de éxtasis y quisiera siempre sentirme así de tranquilo y sin ataduras, solo viviendo el momento sin el yugo de conseguir dinero para mostrar que no soy un fracasado ante la sociedad. Desearía vivir siempre así—. Los maestros se quedaron mirando a Prajna a la expectativa de que refutaría de inmediato esas palabras. El maestro, por su parte, volvió a contestar: —mira, la vida es un camino arduo, hasta los días de mi existencia no he encontrado la primera persona que no deba sortearse la vida en la jungla consumista donde vives. Recuerda que no es cómo nos pasan las cosas si no lo que nos decimos cuando nos pasan. Esta es una de las claves. Yo entiendo lo duro de vivir en un ambiente tan hostil donde todo se cuantifica: los sentimientos, el amor,

hasta las ganas de vivir. Si te pones a mirar, la vida es demasiada cruel para algunos, pero el secreto es verla con los ojos de Dios, que se traduce en la razón de Dios, la lógica de Él y, la más importante, la fe infinita en Dios donde no se cuestiona nada y solo se cree en una fe ciega—.

Cuando mires la vida desde el razonamiento lógico de Él entenderás muchas cosas y lograrás aplicar la misericordia de la que nos habla, ¿me entiendes? —Sí maestro—. Quiero que escuches lo que te quiero decir: cuando vives en el mundo consumista creado como medio de esclavitud de los humanos entiendes que el miedo es parte fundamental de la desgracia de las personas y esta se deriva de la ignorancia. Es desde ese lugar que se desprenden cosas como la envidia, la frustración, las depresiones, la ansiedad, el desagradecimiento, entre otras cosas. Está en el sabio aprender a entenderlas y a vivir desde la razón de Dios. —Pero ¿qué eso de la lógica?, interrumpió Aníbal. ¿Cómo es eso de que, si vivo en la razón, la lógica y sobre todo la fe ciega en Dios alcanzaré un nivel de misericordia y esto me hará vivir mejor? —. Tú lo has dicho mi alumno precoz, exclamó Prajna.

—Te contaré la siguiente historia:

En alguna época existió en los altos del Himalaya un monje que había hecho el juramento de vivir sin hablar durante diez años, un día lo quebrantó al sentirse inútil por no alcanzar la iluminación cuando hacia sus meditaciones, y furioso se levantó y gritó fuertemente ¿por qué no puedo hacerlo? Su maestro aterrado por lo que había hecho su alumno lo tranquilizó serenamente después de escuchar lo que él tenía para decir. Le preguntó sobre qué había pasado a lo que el monje le dijo que no podía alcanzar la iluminación. —Llevo mucho tiempo de no hablar en signo de penitencia para alcanzarla, pero nada—. El maestro refutó —¿Quién te dijo que si hacías esta penitencia llegarías a la iluminación? El alumno agachó su cabeza y pidió perdón. El maestro lo invitó nuevamente a continuar, pero esta vez de forma libre y espontánea sin presiones ni angustia. —No hagas nada por obligación, hazlo desde los ojos del amor y de esta manera el universo dará la respuesta a tu deseo—.

El maestro le dijo a Aníbal: —cuento esta historia para que entiendas que el alumno tenía una meta, pero, más que una meta, era una obsesión, y su mente se había bloqueado tanto que chantajeaba al universo haciendo votos de silencio como si eso le pudiera ayudar alcanzar su objetivo. Lo que hagas desde la razón de Dios tendrá un final feliz, así a veces no lo entendamos del todo. La razón de Dios es muy sencilla, en ella vemos las cosas que nos pasan como maldiciones y no como bendiciones, y no entendemos el origen del por qué. Aníbal, en tu caso es fácil de entender: cuando naciste, tu madre te amaba muchísimo y siempre la recuerdas como el ser que más te ha amado, igual que ella a ti, pero en tu corazón hay resentimiento y odio hacia tu padre y tu abuela, además del que has albergado por otras personas que te hicieron mucho daño. Es aquí donde debes poner mucha atención, ellos son víctimas de su propia existencia, viven y vivieron en una inconciencia absoluta y lo peor es que no fueron conscientes de ello. Debes mirar la raíz de sus actuaciones. Quiero que observes algo.

Era de noche y los monjes que acompañaban a Prajna prendieron una fogata. El maestro retomó su enseñanza con estas palabras: —quiero que mires las llamas de la fogata, concéntrate y mira desde los ojos de Dios—. Sin saber a ciencia cierta lo que debía hacer, Aníbal comenzó a observar el fuego fuerte y vigoroso, se concentró y luego de un rato comenzaron a aparecer imágenes de las personas que más daño le habían ocasionado en su vida, y empezó a vislumbrar asuntos del pasado que eran como una ventana que le permitía comenzar a mirar, y seguramente a comprender que esas personas también habían tenido una vida cruel y que no tuvieron la oportunidad, como él la estaba teniendo en estos momentos, de hacer las cosas de manera diferente. Aníbal veía en el fuego esto como si fuera una película: aparecían imágenes de la niñez de su abuela: ella había sido abusada por su padrastro y su madre al darse cuenta la echó de la casa acusándola de haber incitado a su marido para que se acostara con ella. En las imágenes se percibía a una niña triste, desorientada y agobiada. Luego salieron varias imágenes donde se veía cómo a su abuela le toco prostituirse, en otras abortando y en otras maldiciendo el día que nació el padre de Aníbal.

Luego de un rato el fuego se avivó nuevamente, y esta vez, las imágenes eran de su desdichado padre camuflado en el alcohol, Aníbal pudo ver cómo a pesar de su desdicha lo único hermoso que había tenido su padre había sido su esposa quién le fue arrebatada por una muerte súbita. Se veían las imágenes de cuando bajaban el cuerpo de la madre de Aníbal al sepulcro, en la cara de su padre se apreciaba toda la tristeza que un ser humano puede llegar a tener y de cómo, en medio de la desesperación, tomó la decisión de suicidarse en una tarde de invierno. Hubo otras representaciones que seguían apareciendo, como la de su suegro y hermano cuando, desde muy jóvenes, habían sido reclutados por los paramilitares de Colombia. Fueron víctimas de abusos inimaginables, entre ellos, el trauma de cómo fueron testigos de la ejecución de sus padres por ser acusados de auxiliar a la guerrilla. Las imágenes iban yendo y viniendo y le mostraban varios episodios aterradores que le hacían entender muchos comportamientos, entre ellos el de su exesposa.

De repente la intensidad de las llamas se calmó. Aníbal, estupefacto ante lo que vio se quedó sin palabras y preguntó: —¿por qué tengo que ver esto tan aterrador? Prajna intervino —Estas imágenes son una señal para que entiendas desde lo más profundo de tu corazón lo que ha pasado con las personas con las que más resentimientos tienes, todos ellos han sido víctimas de traumas muy fuertes que les dejaron huellas difíciles de borrar. Nunca buscaron la debida instrucción para sanar sus heridas que, a pesar del tiempo, estas siguieron abiertas y en vez de sanarlas adoptaron comportamientos como los que tuvieron contigo, pues también era la forma que ellos encontraron para tapar los vacíos que llevaban en su alma—. Aníbal inquirió —Pero maestro, ¿yo que culpa tengo de lo que les pasó? —Ninguna—, contestó el maestro. —Pero es claro que estos sucesos en sus vidas te han alcanzado y han ocasionado mucho dolor. Tú, por el contrario, has tomado la decisión de salir de tu enorme tristeza y darte la posibilidad de vivir feliz—. Aníbal no muy convencido anotó: —es muy duro vivir en un mundo donde siempre he sido señalado como si fuera el peor de los villanos, yo no he sido malo, nunca le he causado daño a nadie, ni siquiera a los que se lo han merecido—.

El maestro levantó la mano y le dijo: —precisamente, uno de los graves errores ha sido el de no valorarte y dejar que los demás te pisotearan. Para llegar a ser feliz debes tener cimientos y uno de ellos es valorarte, dejar de sentirte víctima, y reconocer que, por el hecho, por ejemplo, de no haber matado a alguien o robarle el dinero de los alimentos a un orfanato eso no te exime de tu responsabilidad por tu desdicha. Tú lo permitiste consciente o inconscientemente, pero eso ya pasó. El hoy es aquí, y desde que llegaste al monasterio has sido feliz. ¡En hora buena! Es parte de tu misión de vida y también es parte de la razón y la lógica de Dios—. Aníbal no entendió y le dijo: —maestro, estás equivocado, ¿cómo así que he sido feliz si solo hasta ahora estoy descubriendo la felicidad? El maestro rio irónicamente y le dijo: —eres muy ingenuo, crees que la felicidad está al final de un camino o es la meta que se alcanza, y que mientras llegas a ella, solo tienes desdichas y fracasos. ¡Pues eso no es la felicidad! La felicidad es recorrer constantemente la vida con la alegría de hacer la voluntad de Dios. Hacer esto de forma tranquila, sin afanes, y sin pedir más de lo que se tiene con la única ambición que todo lo que se necesita se tendrá si lo haces con amor. Ahora debes preguntarte y esperar que tu corazón te de la respuesta de qué es para ti la felicidad. Medítalo sin afanes y, cuando menos pienses te llegará la iluminación y encontrarás la respuesta—.

Ya había avanzado la noche, los monjes sacaron algunos víveres y junto Prajna comenzaron a repartirlos entre todos. Aníbal habló muy poco mientras comían. El maestro le preguntó si le pasaba algo, pero él no quiso contestar y solo hizo un gesto de tranquilidad. Prajna no quiso que se perdiera el momento y continuó hablándole pues sabía que la mente de Aníbal estaba asimilando todas las grandes enseñanzas de los maestros, y fue cuando dijo esta máxima —Un sabio decía que es bendito el rico que vive del bienestar de su trabajo. ¿Sabes Aníbal por qué en el mundo consumista la mayoría de las personas viven amargadas e inconformes? —No creo tener la respuesta—. Pues aquí te la daré. Porque muchas personas trabajan en lo que nos les gusta. Son millones de ellas las que salen a ejercer sus trabajos, no en lo que les apasiona sino en lo que les toca, y más cuando son responsables de vidas que dependen de su trabajo. Creo que el mundo sería muchísimo mejor si la gente trabajara en lo que les apasiona. De eso hablaremos luego.

Después de la disertación Prajna se levantó y concluyó: —es hora de estirar las piernas ya que hemos estado por mucho tiempo en este lugar, pero antes de que nos vayamos a nuestros aposentos te tengo una sorpresa. Quiero presentarte a un gran amigo, ¿te animas? —Claro maestro, tú eres el que manda—, dijo Aníbal. Prajna recogió su mochila y en un dialecto extraño les dijo a los monjes que era hora de partir.

Comenzaron a caminar rumbo al sur a paso lento y con la paciencia que caracteriza a los maestros: la de disfrutar cada paso que daban. Mientras tanto Aníbal seguía analizando todas las enseñanzas que había aprendido desde su llegada, pero su mente continuaba haciéndole malas jugadas. Le era difícil pensar acerca de cómo estaban las cosas en el mundo consumista y, extrañamente, recordaba cómo era su vida anterior con algo de masoquismo, pues era lo que él conocía. Adaptarse a este nuevo mundo le aterraba, aun así, este era el momento de decidir si conquistaba su felicidad o seguía en lo que hasta el momento había sido su vida.

Pasó un largo rato hasta que un sonido fuerte y muy cercano comenzó a escucharse. Aníbal se puso alerta y le preguntó al maestro qué era lo que pasaba. Él, muy tranquilo le contestó: —no te preocupes, es nuestro buen amigo—. Los monjes ni se inmutaron al ver que venía una gran fiera, no se podía divisar qué animal era. Rápidamente se empezó acercar un majestuoso león. Parecía sacado de un libro mitológico. ¡Su figura era impresionante! Grande, con una melena frondosa y unos enormes colmillos. Aníbal muerto de susto como pudo se subió al primer árbol que encontró y comenzó a gritar pidiendo auxilio. El maestro con la tranquilidad que lo caracterizaba le dijo: —baja, quiero que lo conozcas, no te hará daño. Los leones atacan solo cuando es necesario, este es especial—. Aníbal no quería arriesgarse, pero su maestro le daba tanta confianza que bajó con mucho escepticismo y caminó hasta donde estaba el león.

Entre tanto, Prajna acariciaba al león y mientras lo hacía le dijo a Aníbal: —este es nuestro gran amigo: un ser fantástico para nosotros los que vivimos en el despertar. Su presencia significa un símbolo de fuerza, grandeza y honor. Este animal se caracteriza por su nobleza,

nunca ataca a menos que se vea amenazada su manada y da la vida por ella de ser necesario. En las noches siempre mira al cielo en signo de alabanza sabiendo que a pesar de ser el rey de la selva en lo alto hay un ser superior al cual se le debe tributo. ¿Quieres tocarlo? Aníbal contestó con otra pregunta —¿y tú cómo sabes que no nos atacará? El maestro acarició la melena del león y este agachó su cabeza para demostrar su nobleza ante el maestro, le contestó la pregunta diciendo con la sinceridad de su corazón —Sé que no me atacará—. El león se unió a la travesía para llegar nuevamente a sus aposentos. En silencio, todos tomaron camino junto con su nuevo acompañante.

Ya en el aposento, Aníbal se acostó en su esterilla y mientras contemplaba su sueño recordó todo lo vivido durante ese día y dio gracias por todos los regalos recibidos. Mientras cerraba sus ojos una imagen llegó a su mente. Era el rostro de Sara y pensaba en cómo estaría. Daría la vida por volver hablar con ella, pero entendía que primero debía entrenarse con disciplina pues había hecho un juramento: que muy pronto se volverían a encontrar, y esta esperanza lo emocionaba muchísimo. Pensando en Sara fue cerrando sus ojos lentamente hasta quedarse dormido.

CAPÍTULO III

Un ser llamado amor

Al otro día, muy temprano, Aníbal se despertó y salió de su choza estirándose como un gato para espantar la pereza, bostezó y cuando volteó su cabeza hacia la derecha se encontró con el león que tranquilamente había pasado la noche junto a su aposento. Aníbal del susto intentó salir corriendo en busca de un árbol donde subirse, pero observó que el felino ni se inmutó por su presencia. Lo miró detalladamente entendiendo que él no estaba para hacerle daño, por el contrario, quería protegerlo y ser su amigo.

Al ver su nobleza se acercó sigilosamente y, cuando estaba muy cerca, se quedó paralizado por la imponencia que emanaba del león —Tranquilo leoncito, por favor no me vayas a devorar—, le decía Aníbal. El animal se paró de repente e inclinó su cabeza, movió su cola y cerró sus ojos. Aníbal entendió que quería que lo acariciara y fue entonces cuando se animó y tocó su cabeza, la empezó a sobar, y luego de un rato el miedo se había ido pues se habían convertido en grandes amigos. Limadas las asperezas, Aníbal fue hasta el río y se bañó, pero esta vez su intuición le decía que el maestro no llegaría temprano y por eso tomó la decisión de ir al monasterio y darle la sorpresa junto al león. Tomó camino y un rato después se sintió perdido.

Aníbal caminó junto al león y dejándose guiar por su intuición llegó hasta una colina y miró hacia el horizonte, y en un momento vio que todas las montañas eran iguales. En ese instante ya no supo cómo llegar. Frustrado, Aníbal se sentó con la cabeza agachada y dijo de forma irónica: —¡qué mala suerte! Ni para esto sirvo, me pierdo dándole la vuelta a la manzana—. Al levantar la cabeza observó que el león que estaba a unos metros de él le indicaba con su cabeza por dónde debían seguir. Aníbal asumió que el animal conocía el camino y comenzó a seguirlo. De este modo pasaron por varios senderos y colinas hasta que se encontraron con un bosque que Aníbal reconoció pues era la entrada

del monasterio —¡Llegamos por fin!, dijo, y fue tanta la felicidad que besó al león espontáneamente en su melena sin sentir miedo.

Ya en el monasterio, Aníbal quiso dar un paseo por las instalaciones, esta vez los habitantes de la comunidad lo reconocieron y varios integrantes lo saludaron ya no como un extraño sino como un hermano. Él, a su vez, se sentía como pez en el agua porque sabía que era aceptado y por fin pertenecía a algo. Siempre fue una veleta que iba hacia donde soplara el viento, ahora era diferente. Se sentía más seguro, y esta seguridad lo ayudó a buscar el monasterio.

Deseoso de visitar a Sara y encontrar a su maestro comenzó por recorrer los recintos de oración, pero en ninguno los encontraba. Después caminó por los jardines y preguntó a algunos de los habitantes si podían dar razón de Sara y de su maestro, pero nadie sabía. Finalmente, le preguntó a una anciana si los conocía y ella le respondió de manera seca y contundente —No los busques. Relájate que ellos te encontrarán—, y continuó su camino.

Ante estas palabras, Aníbal desistió de buscarlos y prefirió refugiarse debajo de un árbol que estaba en el jardín principal, se acomodó, cerró sus ojos y amparado por una sombra deliciosa se quedó dormido plácidamente. Comenzó a soñar, esta vez, veía a un niño de tez blanca y cara angelical que lo llamaba desde muy lejos. En su sueño, él quería ir a donde estaba el niño, pero algo le impedía caminar dado que se sentía sujetado a algo, y por más que lo intentaba no podía correr, y mientras tanto, el niño poco a poco se alejaba. Aníbal le gritaba desesperado que lo esperara, pero la silueta se fue desvaneciendo hasta perderse. Fue en ese instante cuando abrió los ojos y se encontró con el hermoso rostro de Sara. —Hola perdido—, dijo ella. Asombrado por tan bello semblante quiso decir muchas cosas y al final no dijo nada. A veces una mirada dice más que mil palabras y así lo entendió Sara, quien le extendió su mano para ayudarlo a levantar. —¿Y eso?, ¿qué haces aquí? —, pregunto Sara. Él le explicó que se había levantado con ganas de ir al monasterio para buscarlos a ella y a su maestro y que con la ayuda del león pudo encontrar el camino. Sara riendo le dijo: —¡eres muy osado!, saliste a buscarnos en medio de estos caminos tan

confusos. En ese momento apareció el maestro —¿qué me buscabas? —. Aníbal bajó su cabeza y saludó —Buenos días, maestro—. Él devolvió el saludo y se aterró de que hubiera podido llegar.

—¿Cómo lo hiciste?, preguntó Prajna. —Me ayudó mi nuevo amigo el león— dijo Aníbal. —¿Sabías que tiene un nombre? —, dijo el maestro, —se llama Nishtia y es un integrante tan querido por la comunidad como cualquiera de los humanos que vivimos aquí—, y a continuación expresó: —bueno, es hora de ponernos en marcha, tú y yo iremos al árbol de la sabiduría. —¿Cuál es ese? —, preguntó Aníbal. —Ya lo conocerás. Por el momento debemos irnos—, acotó el maestro.

Sara se despidió de los dos y Aníbal no se aguantó las ganas y le pidió al maestro unos segundos para despedirse de ella. Él aceptó y se adelantó. Aníbal se acercó a ella y con suave voz manifestó —Otra vez nos despedimos. No sé cuándo volveré a verte, desde que te conocí pienso mucho en ti y en mi ser ha crecido un fuerte sentimiento que jamás había experimentado—. Sara agachó un poco la mirada y respondió de inmediato: —yo también he pensado mucho en ti y cada vez que te veo mi corazón se acelera—. Lo tomó de las manos y continuó —Siento por ti muchas emociones las cuales nunca más creí que volvería a sentir, pero soy consciente que primero debes sanar antes de cualquier cosa. Sin embargo, quiero que te vayas sabiendo que tu amor también es correspondido a pesar del poco tiempo que nos conocemos, el universo nos ha puesto en este lugar con una misma intención y con un anhelo en común y si Dios nos tiene para estar juntos, Él mismo nos unirá. En este lugar sí se aplica el dicho de amor a primera vista—. Aníbal feliz de escuchar tan hermosas palabras se acercó más y sin poderse contener le dio un beso en sus dulces y tiernos labios, y al terminar de besarla salió a correr como si fuera un niño detrás de su maestro que ya le llevaba cierta distancia. —Adiós, ¡mi amor! Sara, por su parte, con una sonrisa coqueta lo despidió y entre los labios dijo: —adiós, amor mío—.

Aníbal alcanzó al maestro y le preguntó: —¿el viaje de hoy es muy largo? —. Prajna le contestó: —no importa si es largo o corto, lo que importa es lo que en este se descubra—. Como tú digas maestro. En

silencio viajaron por un espacio de treinta minutos hasta que llegaron a un enorme y majestuoso árbol Bodhi. Era hermoso, su imponencia dejaba entrever que pasaban cosas maravillosas bajo su sombra. No era un árbol común. Era un símbolo de la iluminación según los budistas, y por eso era el lugar apropiado para las lecciones que Aníbal debía aprender para seguir cimentado su nuevo despertar. Ambos se sentaron, Prajna se tomó unos minutos mientras sacaba unos manuscritos de apariencia antigua que parecían papiros. Un poco intrigado, Aníbal le preguntó al maestro qué contenían esos documentos, y él contestó mirando las hojas —Quiero que estés muy atento. Te daré una serie de lecciones para el alma, son algunas de las muchas que hay, pero si sabes usarlas te servirán para que aprendas a descubrir tu felicidad. Recuerda: solo si la sabes utilizar—. Ya acomodados y con la atención presta Prajna empezó la disertación.

Primera lección. Aprende a discernir frente a lo que te dice tu mente, no le creas a ella, solo siembra semillas de amor en ese campo tan maravilloso como son tus pensamientos.

La mente se caracteriza por no tener puntos medios y eso depende de cómo aprendas a manejarla. Vamos por el mundo dejando que ella nos guie y si nosotros no estamos en la conciencia infinita ella tiende a engañarnos haciendo que vivamos en lo peor que tiene cualquier ser humano: vivir en el miedo. Este estado tan sigiloso y solapado trabaja en tu mente todo el día sin descanso convirtiéndose en el cáncer de tus pensamientos, no te da tregua y va destruyendo tu voluntad hasta volverte su esclavo. Esto es en gran parte lo que produce la infelicidad. Por eso debes aprender a escuchar, solo escucha lo que tu corazón te dice y no te dejes aturdir por mensajes erróneos e ilógicos que instalan el miedo en tus pensamientos, pues estos crean ansiedad, pánico y depresión. —¿Te has preguntado por qué la gente vive tan infeliz? Aníbal contestó: —porque no son dueños de sus pensamientos—. Muy bien, dijo el maestro. —No obstante, más que eso es por ser y estar en un mundo de personas insatisfechas. La mayoría de las personas hacen lo que no quieren y van por la vida como zombis mirando qué es lo que se debe hacer para poder subsistir.

Todo esto produce frustración y esto va traduciéndose en enfermedades de toda índole, y ¿cuál ha sido el promotor de tanta desgracia? El miedo. Es triste ver cómo millones de almas pasan por el mundo sin ser felices mientras van haciendo honor a la vieja oración donde se profesa que vivimos en un valle de lágrimas. Aníbal interrumpió y dijo: —pero maestro, en mi vida esta oración me cae como anillo al dedo—. El maestro contestó de manera fuerte y categórica —¡Pues eso se acabó! Ser feliz es para personas fuertes y no es para debiluchos—. Como tú digas maestro. —Aníbal, no es como yo diga. Es como te lo digas a ti mismo y te lo creas—.

Continuemos con la lección. —La vida es una fuente inagotable de oportunidades, de grandezas y de prosperidad, y cuando digo prosperidad no creas que solo es de dinero, aunque el dinero compra cosas muy chéveres que podemos disfrutar. Eso sí, sin enamorarnos demasiado de ellas, o ¿a quién no le gusta viajar, comer delicioso en un buen restaurante, manejar un flamante carro o vivir en una mansión? Yo creo que a la gran mayoría le gusta, pero eso debe ser una añadidura que viene con la felicidad, sobre todo cuando te sientes pleno con lo que haces y eres ¿me sigues Aníbal? —Claro maestro—. Sigamos. Cuando eras niño vivías en la amargura de no tener nada que ofrecerle a tu mamá y esto te dolía. Creciste viviendo en la frustración y cuando soñaste con ser un gran pintor tu padre te dijo que eso era una estupidez y que debías trabajar duro para sacar adelante a tu familia haciendo no lo que se quiere sino lo que toca.

Cuanta frustración acumulaste con esta programación mental que te infundieron tus padres, maestros y amigos y, cada vez que soñabas, te lo derrumbaban haciéndote creer que eso era una idiotez y que lo que valía la pena era trabajar para sobrevivir como fuera. Tú, simplemente, no le parabas bolas a tus sueños. Aníbal, boquiabierto, le dijo al maestro: —un momento, ¿cómo sabes tanto de mi vida si son cosas muy íntimas? El maestro lo tranquilizó diciéndole: —a su debido tiempo sabrás esto y muchas cosas más—.

Por ahora continuemos, ¿te parece? —Está bien—, dijo Aníbal. —Todo este relato tiene un solo fin que es el de vencer el miedo—. Y,

¿cómo lo hago?, pregunto Aníbal. —Debes enfrentarte y creer en ti mismo. Esta es tu armadura para la lucha que debes enfrentar día a día: creer en ti. No más pesares ni creerte la víctima por lo que hicieron tus padres, tus suegros, y a la misma vida a la cual tú le echas la culpa de haberte hecho una persona fracasada. Para ser feliz debes ser un hombre responsable de ti mismo. Ahora que estamos debajo de este gran árbol te invito a que meditemos un rato sobre todo lo que hemos hablado, ¿estás de acuerdo? —Sí maestro—, contestó Aníbal. Aunque estaba un poco aburrido sabía que debía continuar con su tarea y no desfallecer.

El maestro Prajna comenzó a declamar unas oraciones. Aníbal por su parte, ya sabía cómo era la forma de meditar y cerró sus ojos, puso toda su atención en la respiración, y después de un rato entró en trance. Cada vez le era más sencillo concentrarse. A su mente comenzaron a llegar muchísimas preguntas con miles de dudas. Se preguntaba si todo esto no era más que un engaño, si su tiempo acá en el monasterio era una dilatación de la gran catástrofe que se aproximaba en cuanto llegara a la ciudad. Aníbal no sacaba ninguna conclusión y solo dejaba que estos pensamientos llegaran y se fueran como un bumerán. Estaba logrando que su mente no hiciera caso a tanto pensamiento catastrófico, y de repente, una angustia oprimió su pecho y lo obligó a salir de su meditación un tanto agitado.

El maestro le preguntó: —¿qué te pasa Aníbal? —Son tantas las preguntas y las conclusiones tan nefastas que llegan a mi mente que solo generan angustia en mi interior—, contestó. El maestro le dijo: —deja que los pensamientos lleguen y se vayan, no luches con ellos. Recuerda que tu verdad está en tu corazón y a él es el que debes escuchar. Guarda esta máxima: a lo que te resistes persistes—. Cuando luchas con tu mente es como querer dormir a un mico y así lo acaricies y le cantes canciones de cuna, el mico cada vez se pondrá más inquieto, y para que se quede quieto la mejor forma es dejarlo en paz. Que haga lo que quiera y cuando sienta que nadie presta atención a sus acciones veras el milagro. El mico se habrá dormido o se habrá ido para siempre—. Atendiendo las recomendaciones de su maestro, Aníbal lo volvió a intentar. Dejó que sus pensamientos llegaran y se fueran sin juzgarlos, sin sacar conclusiones y sin desesperarse, y así pudo

controlar su respiración, cerró sus ojos e hizo oración y con cada palabra fue llegando la paz a su interior.

Después de una larga meditación Aníbal salió de su trance y al abrir sus ojos encontró una nota que decía:

"Lo has hecho muy bien. Tu camino al despertar ha llegado. Mañana continuaremos. Bendiciones".

Al leer esta nota Aníbal entendió que debía partir para su aposento. Pensó que ya era de noche y ante la duda de irse o quedarse a dormir debajo del árbol decidió lo segundo. Así que se acomodó bajo el amparo de la tranquilidad que daba la naturaleza y se quedó dormido.

Eran casi las tres de la mañana cuando Aníbal escuchó una dulce melodía que salía de unas gaitas escocesas. Su inconfundible sonido lo despertó e intrigado sobre el lugar de dónde venía tan bella melodía comenzó a buscarla. Se dejó llevar por la ubicación del sonido y sin miedo a perderse descubrió que la música venia del monasterio. Escabulléndose se infiltró, y sin dejarse ver apreció el ritual que se llevaba a cabo frente a una enorme fogata en la que unos monjes tocaban las gaitas mientras otros espectadores de la comunidad apreciaban ese bello instante. Lo raro era que no se escuchaba ni un murmullo, era un momento de éxtasis para el alma.

Aníbal pudo observar que los integrantes de la comunidad eran personas con un nivel de obediencia y disciplina férreo, y que todos los rituales que compartían eran parte de una sintonía mística que poco a poco él estaba entendiendo. A pesar de tan hermoso espectáculo prefirió volver a su aposento y no desobedecer a su maestro.

Al salir el sol de la mañana Aníbal nuevamente se alistó y con muchísima seguridad de ir por un buen camino de conversión preparó su mochila y salió rumbo al árbol, y en menos de lo que canta un gallo había llegado a su destino. Cuando llegó su maestro ya lo estaba esperando. Sin más preámbulos que un saludo comenzaron con la lección del día pues había mucho que aprender y no había tiempo que perder.

—Tu lección de hoy es reducir tu ego. Este es otro enemigo oculto que vive en tu mente con la misión de engañarte para destruirte porque es desde el ego que nace todas las desgracias. Es duro ver cómo las personas dejan que sus egos tomen el control de sus vidas dejando de lado la lógica y la razón de Dios—. Aníbal intervino y dijo: —pero ¿qué tienen que ver la razón y la lógica de Dios en este tema? El maestro lo miró y le dijo: —del ego nace el orgullo y con este las ansias de poder y, como puedes ver, así comienza a crecer esa bola de nieve que nos engaña y nos dice que somos más que los demás. También es el que nos hace juzgar todo con o sin razón, el que nos induce a aniquilar al prójimo y a vivir desde nuestros pensamientos consintiendo el yo hasta su máxima expresión. Es el que no hace querer tener siempre la razón y nos hace dejar la tolerancia a un lado. Es gracioso ver cómo las personas por consentir su ego comienzan a aparentar con cosas materiales su egocentrismo. El creer que siempre tenemos la razón nos ha llevado a escudarnos en apariencias ficticias y sin sentido dejando de lado la espiritualidad y abriendo las puertas al vacío—.

El maestro quiso dar por terminado esta lección corta y profunda e invitó a Aníbal a meditar sobre todas las enseñanzas para que él las repasara en soledad. Pasó un momento en contemplación hasta que de los labios de Prajna salieron estas palabras.

Nosotros los seres humanos vamos por el mundo destruyéndonos por cosas que no valen la pena. Además, vamos sufriendo todos los días por lo que no tenemos y por lo que queremos tener, por aquello que no necesitamos pero que debemos adquirir para lucirlas ante personas a las que no les importamos. El costo es muy alto porque nos endeudamos por ese auto deportivo que queremos solo para aparentar a cambio de hipotecar nuestra vida, luego vienen los cobros y con estos los nervios por no poder cumplir.

No quiero que malinterpretes lo que te estoy diciendo. Si tú eres un buen negociante o un profesional cómprate todos los lujos que quieras. El punto clave está en que no embargues tu vida en adquisiciones que no puedes pagar, esto le crea zozobra a tu existencia y te produce tristeza, ansiedad, desengaño, angustia o incluso insomnio. Ve por la

vida construyendo poco a poco tu sueño, pero siempre hazlo basado en realidades. Recuerdo un viejo refrán que dice: cobíjate con la cobija que tienes. Eso te ahorrará muchísimos dolores de cabeza. Para triunfar hay que ser valientes y pragmáticos, además los sueños se construyen paso a paso. ¡Cuántos millonarios han destruido su vida por acumular dinero y nunca llegaron a hacer lo que soñaron! Este mundo sería feliz si la gente hiciera lo que le gusta y no lo que le toca. La sociedad sería muchísimo más alegre, la gente casi no se enfermaría y, por ende, habría pocos pacientes, los centros siquiátricos se disminuirían y las farmacéuticas no serían tan millonarias como los son hoy en día, las iglesias serian centros de agradecimiento y no de peticiones, los milagros no serían algo extraordinario sino algo de la vida cotidiana. Nosotros seríamos el milagro vivo que Dios quiere que seamos, y estas palabras más que una lección son una invitación para levantarnos y ser felices en lo que queremos hacer. Recuerda la máxima del gran Confucio: elige un trabajo que ames y no tendrás que trabajar ni un día en tu vida.

—Tú, por ejemplo, ¿cuándo descubriste qué querías ser? Aníbal respondió: —cuando pequeño soñaba con ser escritor o pintor. El amor a las letras lo descubrí desde niño cuando en momentos de tristeza me sumergía en los libros que me prestaban en la escuela. Me encantaba la forma en la que yo podía crear un universo solo para mí a partir de las letras. Y ya más adulto, me encantó la pintura pues tenía una muy buena habilidad para los lienzos. Lo aprendí cuando viví en el prostíbulo donde trabajé como ayudante—.

Qué interesante, dijo el maestro. Cuéntame más. —En el prostíbulo había una dama de la noche que se levantaba temprano todos los domingos a pesar de haber trasnochado. En el patio de la casa sacaba su caballete junto al lienzo y sus pinturas, prendía un cigarrillo y, con la cara toda pintorreteada por el maquillaje que mostraba la huella de todos los desmanes vividos en la madrugada, ella comenzaba a pintar. Yo, por mi parte, me apasionaba viendo este cuadro tan patético y dramático. Me podía quedar horas viendo sus trazos, la combinación de los colores, de cómo vivía y lloraba cada vez que le daba más forma a lo que estaba pintando. Un día ella se dio cuenta que yo la observaba y

creyó que la miraba con morbo, ya que su vestimenta era muy seductora. Ella era una mujer rubia, de labios carnosos y ojos color miel. Muy linda a pesar de los vejámenes que deja la noche, el trago y la droga, pero eso no me importaba. Fue entonces que Miriam, como se apodaba, me gritó un domingo de verano —¿Qué miras muchacho? ¿Estás con ansias de carne? Yo le dije: —¿cómo se te ocurre? —. En esos momentos eso era secundario. —Me gusta ver cómo pintas—, le dije. Ella me invitó a acercarme para que apreciara mejor cómo se construye el arte. Bajé y observé cómo se pintaba un cuadro. Escudriñé hasta el más mínimo detalle para conocer mucho más del arte de pintar, y sin ningún egoísmo ella me compartía sus conocimientos básicos llenos de mucho amor, dolor y frustración.

Un lunes, día en que se cerraba la casa y no había atención, Miriam me invitó a su cuarto y yo subí encantado creyendo que me enseñaría alguna otra técnica de pintura o me compartiría algún boceto que había hecho. Al entrar a la habitación encontré a Miriam desnuda y acostada en su cama. Ella me dijo —Es hora de que aprendas tu mejor lección: la de hacerte hombre—. Se acercó suavemente, me tomó de mis manos temblorosas y frías, me besó dejándome llevar por primera vez por los placeres del sexo, y así dejé atrás mi virginidad.

Aníbal le conto al maestro que Miriam con los días se sintió más confiada con su presencia y que le había confesado cómo había llegado a este lugar. Todo empezó con un desengaño amoroso y con el aborto de su hijo. Esta situación la llevó por el camino de las drogas y sin ningún pudor se prostituyó para conseguir dinero para solventar su adicción. Además, le relató que en su juventud ella era una estudiante de pintura y, por eso, su pasión por el arte.

En ese instante de la historia, Aníbal se detuvo por un momento y su voz se resquebrajó. El maestro le dijo con voz conciliadora: —¿qué sucede?, ¿por qué te pones así? —. Aníbal tomó aire y terminó la historia. Días después de que hicimos el amor ella cayó en una grave depresión, un día agarró sus cosas y sin despedirse se fue para nunca volver. Después de unos días, ella murió de una sobredosis de droga y su cadáver fue encontrado en un motel de mala muerte. Lo más triste

fue que ningún familiar la reclamó en la morgue, por lo que salud pública la enterró en una fosa común, y ni yo fui capaz de acompañarla en su último adiós. Aníbal rompió en llanto pues se sentía culpable por no haber estado para ella en el momento de su muerte.

El maestro dejó que llorara y descargara toda su tristeza y a continuación le dijo: —no eres culpable de su muerte, ella tomó una decisión y prefirió irse antes que luchar por una mejor forma de vivir. Somos creadores de triunfos o promotores de fracasos, pero debes agradecerle a esa alma que te dio la luz para sembrar en ti el amor por la pintura—. Aníbal se paró y comenzó a caminar en círculos y recordó muchos otros eventos que le habían pasado, así que se atrevió a formular una nueva pregunta —¿Por qué a la gente buena le pasan cosas malas?

El maestro puso su mano sobre su barbilla y sorprendido por la pregunta le pidió unos instantes para pensar. —La verdad por más que pienso no conozco la primera persona buena a la que le hayan pasado cosas malas. En este sentido me surge otra pregunta en respuesta a la tuya: ¿qué significa ser bueno para ti? Aníbal contestó lo primero que se le vino a la mente —pues ser compasivo, ser un buen cristiano, ir a misa, ayudar a los pobres y cumplir con los diez mandamientos, ¿qué opinas maestro? Él también se levantó y con las manos atrás comenzó a caminar de un lado para el otro y respondió: —todo lo que has dicho sirve, aunque tu primera caridad debe ser contigo mismo. Tú no puedes ir por el mundo creando desgracia, frustración y tristeza a cambio de una vida miserable. Tú has ido por la vida de fracaso en fracaso por tu falta de sabiduría, has vivido 40 años de oscuridad todo por no vivir en la conciencia plena por una ignorancia de la cual no eres culpable y eso te ha producido amargura. Decidiste caminar de la mano de lo que nunca te ha gustado y día a día has creado un karma que hoy en día te ha hecho colapsar. Sin embargo, estás aquí con ganas de salir adelante, de ser cada día mejor, de hacer lo que te gusta, y solo tú puedes lograrlo. Nadie más en la vida te lo va a dar. Recuerda: solo tú puedes construir tu bienestar y debes pensar que nadie es culpable por las decisiones que tomen nuestros seres queridos. Ahora ve a descansar, mañana continuaremos—. Aníbal, por su parte, le manifestó que quería

quedarse un rato más pensando en todo lo vivido hasta ahora. El maestro no le vio problema y se despidió.

Aníbal comenzó a caminar por la orilla del río acompañado por la luz de la luna mientras analizaba las razones que lo habían conducido a crear tanta tristeza en su mundo. Analizó que él nunca había estado enamorado de su esposa y que lo que los unía era el capricho de una niña rica jugando a ser la esposa y, por su parte, él había visto en ella la representación de la familia que nunca tuvo. Por eso, cuando la calentura bajó ellos comenzaron a verse como un par de extraños. Fue en ese momento cuando todo explotó.

En contraste con esas tristezas padecidas, Aníbal pensaba en la experiencia que vivía en su presente y notaba que, por primera vez, era feliz. Sentía que pertenecía a algo, que era respetado y querido, y sobre todo comprendido. También veía que no había un dedo acusador contra él. Además, había conocido a Sara, la hermosa mujer que en tan poco tiempo lo había enamorado. Pensaba en la promesa que se hicieron de volverse a encontrar cuando él lograra la curación de su alma y destruyera todos esos demonios que lo habían acompañado durante toda su vida. Esta promesa lo hacía vivir más intensamente, pensaba en ella, en sus vivencias y cómo ella podía ser feliz con él, los dos habían pasado por momentos muy tristes, pero estaban comprometidos con la felicidad que había sido esquiva en sus vidas. Ahora, todo era diferente pues tenía la esperanza de volver a empezar de la mano de Dios y de Sara, su alma gemela.

Cada pensamiento lo emocionaba más y mientras caminaba hacia su aposento una idea loca lo animó. Quería ver a Sara, saber de ella, saludarla y decirle cuánto la estaba amando. Fue entonces que sin más reparos se tiró a la aventura. Lo primero que tenía que hacer era entrar al monasterio que a él le estaba prohibido hasta que se ganara el derecho a compartir lecho con los alumnos avanzados y los maestros ascendidos. Poco importó eso a Aníbal y comenzó a correr hacia la parte de atrás del monasterio, y por una zanja que comunicaba uno de los corredores con el patio principal pudo entrar. Empezó a buscar dónde

era la habitación de Sara mientras caminaba descalzo para no hacer ruido y ser descubierto.

De repente se topó con un niño que salió de la nada y Aníbal impávido solo pudo decir: —hola—. El niño lo vio con sus ojos inocentes y no respondió, levantó su mano y señaló con el dedo hacia una puerta que quedaba en el rincón derecho del corredor. Aníbal entendió el mensaje y sin saber quién podía estar detrás de esa puerta salió corriendo hacia la habitación que el niño le había indicado. Se acercó poco a poco y cuando estaba al frente de la puerta alzó su mano empuñada para golpear, pero se detuvo porque un miedo intenso lo embargó y en el último instante se arrepintió.

Pensó que no era el momento, se dio vuelta y comenzó a caminar buscando nuevamente la salida rogando que nadie lo viera. En ese instante la puerta se abrió de forma silenciosa. Ahí estaba ella. Aníbal, se sintió dichoso al verse descubierto por la voz más hermosa que había escuchado, volteó su rostro y sonrió, ella devolvió el coqueteo con una pícara sonrisa. Aníbal se acercó y sin decir ni una palabra la abrazó. —Quería verte, me hacías falta—, le dijo. Sara lo besó y le dijo: —sabía que algún día te atreverías a venir. Lo presentía—. Aníbal feliz de verla no paraba de abrazarla y besarla, ella estaba dichosa de tenerlo a su lado y lo invitó a pasar a su habitación. —Entra por favor y hablemos pasito—. Él entró y no quiso hablar solo quería acariciarla mientras observaba su rostro angelical en silencio. Pasados unos minutos de demostraciones de cariño, ella le dijo: —¿sabes que te amo? Te amo de verdad. Desde el primer momento en que te encontré vi en tus ojos la señal que tanto había pedido al Todopoderoso. Sabía que eras mi amor, y si Dios nos puso en este lugar fue para encontrarnos y para construir desde la fe y la conciencia plena un amor verdadero y duradero, ¿te atreves a soñar conmigo? Aníbal sin dudarlo dijo: —claro que sí. La abrazó fervientemente y en un momento de pasión la feliz pareja consumó su amor.

Ambos se contemplaban abrazados y se miraban con una intensidad que solo da el amor. Aníbal deseaba saber cómo era que Sara había llegado al monasterio. Ella le contó que estuvo casada con un irlandés,

un hombre maravilloso que le enseño las mieles del amor y el sexo, y que fue tanto su apego que no concebía su vida sin él. En una mañana de invierno ella salió al mercado a comprar unos víveres, y al llegar a casa, su esposo estaba muerto en el baño víctima de un ataque al corazón. Solo tenía 34 años. Esta pérdida fue tan dura que Sara cayó en una depresión tan fuerte que un día decido quitarse la vida y justo en el instante en que lo iba hacer una voz le dijo que no lo hiciera, que había mucho por hacer. Ella creyó que era producto de su imaginación y pospuso su muerte. Al otro día encontró un mapa que le habían dejado por debajo de su puerta en el que estaban las indicaciones del monasterio, y sin nada que perder Sara emprendió su viaje en busca de algo que pudiera salvarla o por lo menos intentarlo y morir en el intento. Y así, brevemente, Sara le conto su triste historia. Aníbal después de escucharla la besó y la invitó a que hicieran un juramento de amor. Ella aceptó y se volvieron a abrazar dejando que el silencio los arrullara hasta quedarse dormidos.

Ya iba a amanecer y luego de una fantástica velada, Sara semidesnuda lo despertó. —Debes irte antes de que nos descubran, ya vienen a pasar revista—. Asustado, Aníbal se colocó su túnica como pudo. Con un miedo impresionante de ser descubierto miró por la ventana y observó una montaña de paja que se guardaba para los caballos así que calculó que podía saltar por la ventana hasta ahí para no sufrir un accidente. Trepó la ventana y antes de saltar Sara lo tomó de las manos, lo besó y le dijo: —recuerda que te amo, debes saber que esta es la última vez que nos veremos en la comunidad. Tu proceso no ha terminado y es preciso que alcances tu meta. Ya lo estás logrando, pero no ha acabado. Algún día nos encontraremos y podremos disfrutar de nuestro amor. Quiero que tengas en cuenta esto. Prométeme que me buscarás—. Aníbal con los ojos llorosos contestó: —claro que sí. Pero ¿en dónde te encontraré? Sara respondió: —Dios nos unirá en un sitio maravilloso y especial para que tengamos un reencuentro de dos almas que se aman, pronto sabrás en donde será—. Aníbal la besó intensamente como si fuera la última vez y saltó de la ventana cayendo justo en la montaña de paja. Luego del impacto se reincorporó como pudo y salió corriendo hacia su aposento con un sentimiento agridulce: feliz por saber que Sara

correspondía a su amor y triste porque no sabía si la volvería a ver a pesar de la promesa que él le hizo.

Ya en la choza, Aníbal se recostó en su esterilla y comenzó a acordarse de todo lo que había vivido hasta el momento. Sentía que haber llegado a la comunidad era lo mejor que le había pasado y que a pesar de la desgracia que él mismo había construido, Dios le había brindado la oportunidad de sentirse parte de algo tan maravilloso como era la búsqueda de la felicidad misma, de la respuesta perfecta. Mientras pensaba en todo esto Prajna volvió aparecer, entró en su aposento y con voz enérgica acotó: —¡debes levantarte ya! —. Su tono de voz dejaba al descubierto que estaba muy enfadado. Como si fuera un soldado Aníbal se incorporó con la certeza de saber a que venía trató de explicarle lo que había pasado. Pero antes de decir algo, Prajna le dijo: —una de tus misiones en la vida es ser respetuoso con las normas sagradas y lo que hiciste ayer no es digno de un ser que desea la conciencia plena. Nadie más sabe lo que hiciste así que puedes estar tranquilo, estás a salvo de que no te expulsen de la comunidad—. Gracias maestro, dijo Aníbal. Prajna continuó diciendo: —no te denuncio ante los monjes ascendidos porque entiendo que actuaste desde el amor y no desde la razón, aunque a veces estas choquen. No obstante, de ahora en adelante debes hacer lo que yo te diga. Eres un ser especial y debes comportarte como tal, no es por el sexo ni mucho menos, es porque los alumnos avanzados que están siendo entrenados para que vuelen por sí mismos y cuando se ganan el derecho de entrar en el monasterio es porque ya están alcanzando su momento cumbre. Tú conocerás ese momento a su debido tiempo y no se vería bien que un alumno viole las reglas sagradas y ellos se den cuenta de que hay privilegios para ti sin habértelos ganado. Recuerda: siempre debes dar ejemplo—.

Subsanado el impase Prajna invitó a Aníbal a volver al presente pues su mente estaba en el futuro pensando en la promesa de Sara, de cómo y en dónde sería el encuentro. La emoción no lo dejaba concentrarse. El maestro que veía en Aníbal una felicidad tan grande le manifestó: — en este día aprenderás algo trascendental: a reducir tu ego. Por favor

deja de lado a Sara porque necesito que te concentres. ¿Estas preparado Aníbal? —Sí maestro—. Entonces empezaré por contarte esta historia:

En una aldea de los indios muiscas había un nativo con ínfulas de líder y todo el día miraba a sus coterráneos como unos inútiles. Él creía que tenía más inteligencia que el mismo líder supremo, el anciano cacique que era escogido por su sabiduría. Un día este personaje arrogante y pretencioso se atrevió a desafiar al líder supremo porque no soportaba que un anciano fuera la cabeza de toda la comunidad. El cacique ante tal agravio pudo destruirlo mandando a su guardia personal a ajusticiarlo, en vez de eso, él prefirió esperar e hizo un acuerdo con el joven rebelde. El trato consistía en que fuera humilde por tres días, que visitara a los líderes de las comunidades vecinas y les contara cómo sería la vida en la aldea ahora que él iba ser el cacique. El joven orgulloso aceptó el trato y comenzó su travesía. A todos los lugares a los que llegaba exponía a los habitantes todas las cosas que haría y cómo lo lograría, pero el joven observaba que a medida que hablaba las personas de las comunidades lo interrumpían a cada rato para hacerle sugerencias, unos aportaban ideas para complementar las del futuro cacique, otros criticaban y algunos eran neutros. El joven rebelde se desesperaba porque quería que todos pensaran y aceptaran lo que él les proponía prácticamente sin chistar, pero los indígenas decían que debían conciliar y llegar a un buen acuerdo. Al ver que gobernar no era tan fácil visitó otras tribus y en todas veía que las comunidades se comportaban igual, a todas las propuestas les ponían un: *pero*. Fue entonces cuando anclado en su egocentrismo radical volvió donde el líder anciano y le preguntó cómo hacía él para gobernar a tantas personas con diferentes formas de pensar, y el anciano le respondió: —con un don muy preciado que me dieron los años: la tolerancia. Algo de lo que tú no conoces—. El joven se llenó de rabia e intentó atacar al líder pero la guardia se lo impidió. De tal confrontación el joven perdió la vida. Cuando hicieron su funeral, el anciano líder pronunció estas palabras —Aquí descansará un alma atormentada por el veneno de la egolatría y su existencia nos ha dejado una gran lección para nuestros sucesores—.

El ego es una fuerza sigilosa que se camufla en lo más profundo de tu ser. Hace que tu vida gire en torno de tus pensamientos en donde no hay cabida para pensar por un momento en cómo está tu prójimo, qué piensa, qué quiere, cómo sufre y, a su vez, cómo goza. Por el contrario, el ego se pavonea más y más a medida que la vida te da logros materiales, estos producen en ti un orgullo con el cual te crees mejor que los demás.

Casi siempre los seres que han cedido ante el ego sufren caídas muy fuertes con las cuales terminan bajando su cabeza. Para estos seres es una gran bendición y es una oportunidad para mejorar. Hay otros que por más que la vida les muestra que deben ser humildes se empeñan en continuar en su desgracia, ellos nunca logran bajar la guardia y aceptar por un momento ser parte de la conciencia plena del universo desde la humildad del corazón, tal como lo profesaron los grandes maestros ascendidos.

CAPÍTULO IV

Un ser llamado bondad

Era otro día de enseñanzas y felicidad para Aníbal con todo lo que estaba aprendiendo de su maestro. La ilusión de volver a ver Sara le había hecho olvidar lo que podía pasarle cuando volviera a la civilización. Su león, como él le decía, era su fiel amigo que lo acompañaba en todos los trayectos que hacía: desde hacer ejercicio diariamente hasta las lecciones que tomaba con el maestro. Así pasaban los días, hasta que uno de esos Prajna le dio la gran noticia: —Aníbal ya eres parte de la comunidad, te han asignado una habitación en el monasterio. Los grandes maestros han seguido tu esfuerzo y quieren que termines tus lecciones en los sagrados templos para que interactúes con otros sabios—. Aníbal se quedó sin palabras y atinó a dar las gracias pues tenía el sentimiento de haber logrado algo en la vida. —¿Cuándo nos iremos al monasterio? —, preguntó Aníbal. El maestro le contestó: —ya mismo. Vamos, quiero presentarte en la plaza pública—.

Tomaron camino a su destino. Al entrar al monasterio, Aníbal estaba ansioso por ver a Sara, pero ante la bienvenida que le tenían los habitantes no lograba divisarla. Todos pasaban a su lado inclinando su cabeza en signo de respeto y daban gracias por su llegada. Aníbal seguía intranquilo pues no sabía nada de su amada. No aguantó más y buscó a Prajna. Le preguntó: —¿dónde está Sara? —. Se ha ido, le contestó. Estupefacto ante la noticia de su partida volvió a interrogar al maestro: —¿por qué? Prajna no dijo nada, solo le entregó una carta que ella le había dejado y se apartó para que él pudiera leerla. Aníbal la abrió y en esta decía:

"Amado Aníbal: sé que tu amor por mí es sincero y yo te correspondo ese amor con todo mi corazón, pero debo decirte que mi estancia en la comunidad ha acabado. Aprendí a ser feliz y he sanado mi alma y hoy soy una persona llena del amor de Dios. Quiero que sepas que mi mayor deseo es que tú sigas el mismo camino. Pronto nos veremos tal como te lo prometí. En este momento no te puedo decir cuando será, solo sé que tengo

la certeza que en cuanto termines tu entrenamiento y hayas sanado tú y yo nos volveremos a encontrar para vivir intensamente todo este amor que nos profesamos y que anhelamos compartir por siempre.

Siempre tuya, Sara".

Aníbal se entristeció mucho al terminar de leer la carta, aunque este era un sentimiento ambiguo pues sabía que ella lo amaba. Tenía la incertidumbre de si algún día volviese a verla y dónde la encontraría. El maestro Prajna dejó que él asimilara este sentimiento. Debía llorar no solo por dolor sino por felicidad. Por primera vez Aníbal sabía a quién amaba y eso era un gran tesoro que no podía perder.

Después de un rato el maestro se acercó y sin preámbulos acotó: —sé que es duro para ti creer que no volverás a ver el amor de tu vida. Cuando llegaste no sabías lo que te ibas a encontrar, en tu mente todo era una incógnita y, hoy en día, tú has logrado muchísimos avances más que nunca—. ¿Cuáles?, preguntó Aníbal. El maestro le invitó a sentarse en posición de loto, ambos cerraron sus ojos para iniciar una meditación dirigida. El maestro dio inicio exclamando un mantra, como siempre lo hacía al empezar, el paso siguiente era poner toda la atención en la respiración y poco apoco entraron en trance. El maestro comenzó a hacer una lista de los logros que había hecho Aníbal y lo primero que resaltó fue cómo de la nada él tomó una decisión tan importante como fue la de quedarse en el monasterio para alcanzar su felicidad. Luego, de cómo permitió que su niño interior llorara y se desahogara de todos los traumas que lo habían acompañado durante su existencia. También de cómo doblegó su ego tan irracional e incrementó su amor propio. Asimismo, el maestro recalcó que el logro más grande de Aníbal era que había encontrado el amor de Dios como motor de su existencia y que también había comprendido que solo la sabiduría permitía la entrada a miles de pensamientos encaminados en el amor celestial; además, en ese proceso él comenzó a experimentar un crecimiento en la fe, la bondad y la misericordia porque había nacido la confianza en el Altísimo y en él mismo. También que a pesar de que la mente lo atacaba día y noche con pensamientos catastróficos, él se sentía protegido, por lo que ya contaba con una fuerza y una valentía proveniente de la confianza que había adquirido. Y finalmente, que él

había encontrado el amor de Sara. Aníbal nunca en su vida se había enamorado de verdad hasta que llegó a la comunidad.

Cuando el maestro terminó de enumerar todos sus logros, Aníbal asimiló sus palabras y sabía que había logrado quitarse muchas cadenas de desgracias que llevaba acuestas, aunque entendía que faltaba un camino muy corto por recorrer.

Hubo otro largo silencio entre los dos, un poco incómodo para el maestro y confuso para Aníbal. En un instante, el aprendiz comenzó a orar de una forma como nunca lo había hecho. Su rostro se iluminó y de su espalda salía una luz blanca y, sin tener noción del tiempo, Aníbal continuó orando al padre celestial hasta que de repente sintió un silencio infinito: no se escuchaba ni el cantar de los pájaros ni el recorrido del río y mucho menos el sonido del viento que sacude las hojas de los árboles. Parecía que estaba muerto, tanto que se preguntó si había partido y no se había dado cuenta. Fue la impresión de este pensamiento que hizo que Aníbal abriera sus ojos y volviera al plano material. En ese instante pudo escuchar unas palabras que provenían del cielo:

"Tu camino en el amor se cimenta en la lucha diaria. Recuérdalo siempre".

Aníbal entendía que tenía una misión y que debía cumplirla. Era una promesa para Dios, por él y por Sara. Continuó en oración por un largo rato sin tener en cuenta el tiempo hasta que fue sorprendido por el amanecer. Cuando salió del trance, Prajna con suave voz le dijo: —despierta—. Aníbal asustado preguntó: —¿qué hora es? —. En el horario terrenal son las diez de la mañana, respondió el maestro. —Es muy tarde—, dijo Aníbal. ¿Para qué?, acabas de pasar una experiencia sobrenatural: el contacto de tu yo interior con la mente universal, el motor que todo lo mueve, la esencia de la existencia. Estás llegando al despertar pleno y tú te afanas por la hora.

Ansioso por continuar con sus lecciones Aníbal desayunó rápidamente con víveres que le había traído el maestro. Fue a la habitación que le habían asignado, se bañó, se cambió su túnica y salió a buscar a su maestro, pero ya en el camino uno de los discípulos de

Prajna lo detuvo y le dijo: —el maestro te está esperando en la sala de concilio—, y a continuación le guio hasta allá. Mientras caminaban, Aníbal se preguntaba qué era la sala de concilio, y le preguntó a su guía. El discípulo le contó que era un salón donde se reunían los integrantes de la comunidad para discutir tesis filosóficas desde todos los puntos de vista tanto de las religiones como de las posturas científicas, y que la cualidad que tenían sus integrantes era el grado de tolerancia que se tenía puesto que ninguno imponía su punto de vista como una verdad absoluta y, por el contrario, todos llegaban a acuerdos con el fin de proseguir por el arduo y satisfactorio camino de la iluminación.

Cuando Aníbal llegó al recinto fue recibido con un sonoro aplauso por parte de todos los integrantes que habían asistido. Prajna salió a recibirlo y pidiendo un poco de silencio dirigió unas palabras a todos los discípulos y maestros ascendidos:

—Hoy es un gran día. Les quiero presentar a nuestro nuevo integrante: se llama Aníbal quien llegó en busca de su felicidad y con disciplina y constancia ha logrado conquistarse así mismo con paciencia y dedicación—.

Los demás integrantes lo saludaban mientras él caminaba en agradecimiento por su presencia en el recinto.

Luego de la presentación Prajna tomó la palabra e invitó al maestro ascendido vicario de angostura para que hablara. Era un monje perteneciente a la Orden Franciscana de los más antiguos en el monasterio quien había dedicado su vida al estudio de la metafísica y a los manuscritos cristianos. Con una sabiduría que otorga solo la experiencia, el monje combinaba diferentes tesis religiosas para dar a conocer varias opciones para descubrir la felicidad basada en la fe racional y en la armonía para tener una vida con sentido. Lo primero que empezó por resaltar fue en darle la bienvenida a Aníbal. Le saludó e invitó a todos los asistentes a que le dieran otro aplauso desde el corazón acompañado de unos mantras celestiales que cantaban todos los asistentes. Este momento sublime era único, tanto que Aníbal había perdido la noción del tiempo, y a su vez, había descubierto que este ya

no era importante y que lo único verdadero era disfrutar de cada momento. Este era uno de esos que difícilmente se repetiría.

Mientras todos iban cantando se le acercaban a Aníbal para saludarlo de una y otra manera según la costumbre de su religión o su región, e incluso desde lo que nacía desde el corazón.

Después de este pequeño pero significativo ritual, el maestro vicario solicitó silencio y dijo: —hoy daré unas palabras de iluminación para que las guardemos en nuestro corazón, aunque son muchas las tesis para alcanzar la felicidad deseo corresponder a ustedes por todo el amor que encuentro en Dios y que me mueve a seguir investigando en cómo ayudar mediante consejos a conocer el camino de la felicidad. Todos los asistentes estamos aquí por una sola razón: el amor a Dios que es la misma felicidad. De una u otra manera, la vida nos ha guiado para que nos encontremos en esta comunidad secreta y única en el mundo con el único objetivo de conquistar el mayor tesoro que puede tener un ser humano: el bienestar.

Ya hemos alcanzado un nivel de consciencia plena que nos ha ayudado a entender que el amor a Dios no se da solo con oraciones sino actuando, sin creernos víctimas, y mucho menos con echarnos a llorar por los traumas con los que hemos convivido toda la vida. Nuestra existencia no ha sido fácil para ninguno de los que estamos acá, pero somos responsables de poderla cambiar para sembrar semillas de amor en este jardín tan afectado como es la mente. Ella, es la clave para ser feliz, y ¿cómo podemos dominarla para lograr la plenitud?, —se preguntarán muchos de ustedes—. La respuesta es educarnos desde la razón. También aprovecho la oportunidad para agradecer a nuestros maestros fundadores que eliminaron cualquier indicio de orgullo y en un acto de nobleza pudieron convivir bajo los principios de la tolerancia, ese don del que carece la humanidad, y pudieron llegar a acuerdos desde la sabiduría de las grandes religiones encaminadas en el amor de Dios, de las diferentes tesis filosóficas, y con estas mostrarnos un camino de libertad en el que pudiésemos convivir, amarnos y llenarnos de sapiencia para continuar nuestro trasegar por la vida.

La vida trae consigo muchos tropiezos y la mayoría de las veces creemos que nuestro camino a la espiritualidad fue una pérdida de tiempo. Como humanos dudamos cuando volvemos a caer en fallas que creíamos haber superado. Es importante que entiendan que los que aprenden en el monasterio no son ángeles sino personas de carne y hueso y, por lo tanto, con naturaleza humana. Por eso caemos, pero el peor error no es caer, es no saber levantarse. La verdadera grandeza está en reconocer esto y en volver a intentarlo. Esta es una de las llaves del bienestar. Recuerden intentarlo una y otra vez, y cuantas veces sea necesario.

Terminadas estas palabras el maestro vicario levantó los brazos, suspiró y desde lo más profundo de su ser dijo: —bendiciones por las mentes y los egos que se doblegaron y dejaron que la iluminación del Espíritu Santo habitara en ellos—. Hubo un momento de silencio sepulcral, los maestros ascendidos incluyendo Prajna se arrodillaron junto al maestro vicario, y luego lo hicieron todos los alumnos. A continuación, todos agacharon su cabeza, cerraron sus ojos y por un largo rato entraron en trance. Era el nivel de conocimiento avanzado que les hacía meditar sin tanto esfuerzo. Después de un rato el sonido del cuenco comenzó a avisar que la integración había terminado. Los asistentes se incorporaron y unos a otros se dieron un fuerte abrazo exclamándose paz y bendiciones.

CAPÍTULO V

Un hasta pronto

Ya había pasado más de un año desde la llegada de Aníbal a la comunidad. A partir de entonces su espíritu se había enaltecido y ahora era un hombre nuevo. Además, cada día que pasaba en el monasterio era fantástico. Leía muchísimo, sobre todo, tratados de filosofía de las diferentes religiones, especialmente, los que inducían al discernimiento basado en la verdad a partir de la razón y la lógica. Aníbal había aprendido tanto a ser crítico con las situaciones con las que no estaba de acuerdo como a defender su pensamiento inspirado por Dios en beneficio de la verdad.

Se levantaba y, desde muy temprano, se dirigía a orar al santuario de la verdad que era un salón reservado para alumnos que no tenían ninguna clase de religión pero que tenían su fe máxima en adorar a Dios como entidad creadora de todo lo existente. Luego desayunaba y se dedicaba a cultivar en los campos del monasterio toda clase de cereales y legumbres. Hacia el mediodía cenaba y, por regla general, se le daba un descanso al cuerpo con una siesta de una hora. Ya por la tarde los integrantes de la comunidad hacían diferentes actividades: algunos se reunían para debatir nuevas tesis con los maestros ascendidos sobre temas tan importantes como lo era reflexionar acerca de cómo podría ser mejor el mundo, y otros hacían caminatas extensas por los senderos que rodeaban al monasterio.

Los alumnos eran libres de decidir cómo querían vivir su vida y en esta rutina sencilla pero enriquecedora pasaban los días. Cuando llegaba la noche, Aníbal no paraba de soñar con Sara, se preguntaba cómo sería su reencuentro con ella y en qué parte se encontrarían, al mismo tiempo que se llenaba de escepticismo sobre el amor que ella le había profesado. Había pasado más de un año sin saber de ella y él no tenía certeza de si su amor seguiría intacto, o si, por el contrario, se había cansado de esperarlo. Se preguntaba una y otra vez si tal vez a su vida

hubiera podido llegar una nueva persona y pensaba en la posibilidad de perderla. A pesar de lo que su mente imaginaba, Aníbal ya había aprendido a controlarla, se entregaba en oración y dejaba que todos esos pensamientos llegaran y se fueran. No les daba importancia. En esos instantes él recordaba las enseñanzas de su maestro y estas le daban serenidad. Aníbal crecía en su despertar y entregaba su amor en las manos del Todopoderoso para que de su mano Él bendijera este idilio frente a la incertidumbre que él estaba experimentando. Aníbal no perdía la esperanza de encontrarse tal como ella se lo habían prometido.

Una noche cualquiera Aníbal estaba durmiendo y soñó con su maestro. En el sueño, Prajna se encontraba en la orilla de un lago bajo la luz de la luna mientras observaba a Aníbal caminar a su encuentro. Paso a paso él se fue acercando y cuando estuvo casi a su lado, preguntó: —maestro ¿qué haces aquí? Prajna lo miró y como era habitual sonrió y contestó: —deleitándome con las maravillas de la naturaleza entretanto tú llegabas. Te cité en este sueño porque creí que era el mejor sitio para hablar contigo ya no en calidad de maestro sino como tu amigo. Creo que tu entrenamiento ha terminado y quiero decirte que por fin te puedes ir. Aníbal le dijo: —¿por qué? Aún no quiero irme, me siento muy feliz aquí. En este maravilloso lugar me he podido encontrar conmigo mismo y con almas gemelas que me entienden y me aman de forma sincera y sin caretas. Me rehusó a irme—.

Después de un pesado silencio el maestro le dijo: —entiendo que desees quedarte dado que tú eres un alumno extraordinario, aunque tu tiempo en la comunidad ha acabado. Eres feliz y puedes volar hacia tu destino, sé que lograste entender que tu felicidad siempre te acompañará a cualquier parte a donde vallas. Tu mente, que era tu peor enemiga, ya está entrenada y la has doblegado, hoy ella es tu mejor aliada. Asimismo, tú has aprendido a perdonarte a ti mismo y a los que te hicieron daño. Así que ya eres una nueva persona—. Aníbal interrumpió y con voz a quebrantada expresó —Maestro, por favor, no me puedes hacer esto. Yo no necesito estar en un mundo cruel y malvado lleno de avaros que lo único que buscan es *tener*, y que por su maldita codicia no piensan en el *ser*. Además, sé que cuando salga de aquí mi desgracia llegará: iré a la cárcel y aunque he aprendido a

desapegarme de todo, soy humano y me da miedo, pese a que esta emoción ya no me paraliza. Siento que puedo morir en manos de mis enemigos pues ellos son muy poderosos, y tengo la certeza que al pisar la cárcel seré carne de cañón—. Prajna lo tranquilizó —Recuerda que tu comunión con Dios es más fuerte que con cualquier ser y la duda no podrá amedrentarte ya que eres más resistente que nunca, y si te digo que debes volar a la felicidad es porque en el mundo hay mucha belleza. Debes encontrarla y no huir. Entiende que por unos pocos que han entregado su existencia a la inconciencia, madre de todos los males, no puedes juzgar al resto de la humanidad porque son más los buenos que viven en el amor a Dios. Son aquellos que siguen la verdad los que luchan por un mejor mundo y no se dejan vencer a pesar de las circunstancias. Son los que investigan día y noche para encontrar una cura para las enfermedades; y ni qué decir de los niños, los animales, o el amor de pareja. Yo podría seguir enumerándote miles de cosas buenas que tiene el mundo. Todas ellas las puedes disfrutar. Aníbal, yo creo en ti y sé que lo vas a lograr. Ya es tiempo de volar—. Con incertidumbre, Aníbal preguntó: —¿y si me ponen preso? —No te preocupes, Dios tendrá la respuesta más sabia para tu problema. Confía en Él y nunca dudes. Además, sé que el amor te espera—. Aníbal muy sorprendido exclamó —¿Cómo lo supiste? Prajna sonrió —se notaba que eran el uno para el otro. No pierdas esta oportunidad—.

Aníbal entendió que su tiempo en el monasterio había terminado. Agachó su cabeza y aceptó que debía volver a la civilización. —¿Nos volveremos a ver?, le preguntó Aníbal. Prajna lo miró fijamente y de forma tierna y bondadosa le dijo: —siempre estaré contigo—.

CAPÍTULO VI

Fe infinita

Al despertar del sueño Aníbal se encontraba en el lugar en donde se había accidentado con su moto. Estaba adolorido y con un fuerte dolor de cabeza. Trató de incorporarse sin saber en dónde estaba y comenzó a caminar desorientado. Un campesino lo vio muy magullado y corrió auxiliarlo, y le preguntó: —¿quiere que lo lleve en mi carreta hasta el hospital del pueblo? Aníbal le miró y sonriendo como le había enseñado su maestro y le dijo: —me siento mejor que nunca, soy forastero en estas tierras. Jacinto, como se llamaba el campesino, le preguntó qué le había pasado. Aníbal le contó que iba en su moto manejando sin rumbo fijo y que se había caído en un barrizal, y eso era lo último que recordaba.

Aníbal prefirió no contarle al campesino lo que había vivido en el monasterio pues era un secreto que ni él mismo sabía si era verdad o era parte de su imaginación moribunda mientras había estado inconsciente. —Jacinto, ¿tú me puedes hacer un favor?, preguntó Aníbal. —Claro—, contestó. —¿En dónde estoy? El campesino amablemente le respondió y le dijo que se encontraba en el Eje Cafetero, entre los límites de los departamentos del Quindío y Risaralda. Aníbal, ya un poco más recuperado le pidió instrucciones para llegar a la carretera principal para poder encontrar un transporte que lo pudiera llevara hacia el Valle del Cauca. Jacinto se ofreció a llevarlo en la carreta y le dijo que en el pueblo salía un bus en horas de la tarde hacia Cali.

Se subieron a la carreta que era arrastrada por un caballo viejo y maltrecho y tomaron camino rumbo al pueblo de las Verónicas. Durante el recorrido Aníbal no paraba de sonreír al recordar todo lo que había vivido. Él mismo era su propio testigo de un nuevo renacer y sabía lo que le esperaba. En su mente y en su cuerpo no había ni una señal de

miedo pues se sentía con más confianza que nunca: su fe en Dios era inquebrantable y lo que llegara de ahí en adelante lo sabría soportar.

Poco apoco se iban acercando a la población y al aproximarse a un puente por el cual debían pasar obligatoriamente Aníbal vio su moto parqueada intacta y sin un rasguño. De inmediato le pidió a Jacinto que parara y de un salto se bajó de la carreta. No podía creer que justo en ese camino iba a encontrar su moto, no encontraba explicación posible, aunque en su fe interior sabía que todo esto era obra de Dios. Sin titubear se subió a su moto, la prendió y el motor rugía más que nunca, y con el ánimo impetuoso por conquistar su destino Aníbal se despidió del campesino con agradecimiento —Hermano: te debo una—. El humilde campesino no contestó nada y solo levantó su mano en signo de despedida. Aníbal arrancó rumbo al Valle del Cauca.

Esta vez, y a diferencia de las otras veces que había viajado en su moto, Aníbal disfrutó más que nunca de su travesía. Pudo sentir el placer de la libertad que le daba manejar y pudo apreciar los esplendorosos paisajes colombianos: ver su inmensa vegetación, los diferentes árboles que adornaban las carreteras y el hermoso color vainilla que aparecía en el cielo antes del ocaso. Mientras viajaba, Aníbal reflexionaba con las palabras que su maestro le había dicho: —aprecia las grandes maravillas que tiene el mundo para ofrecerte y no te encapsules en el mundo cruel que existe, en vez de eso, enfócate en la grandeza del amor de Dios que se expresa en todas las cosas bellas que da la vida—.

Continuó su camino. Entre más se acercaba a su destino, Aníbal sentía la adrenalina de su cuerpo que se iba disparando por cuenta de la incertidumbre de lo que podría pasar en cuanto llegara. Su cita con el destino estaba pactada y ya era ineludible. Había pasado el último peaje y se encontraba a menos de 20 kilómetros de Cali, su corazón comenzó a latir más fuerte, sus manos estaban sudorosas y su boca estaba seca. Como pudo hizo una parada en la orilla de la carretera y a pesar de que había sido entrenado para afrontar este momento tan duro, su organismo le estaba jugando una mala pasada. Un ataque de pánico y ansiedad se estaban apoderando de él y en ese momento recordó todas las

enseñanzas de su maestro. Respiró hondo y buscó un sitio para sentarse sin que nadie lo viera. Aníbal cerró sus ojos y comenzó a orar y a vivir desde su espíritu. Inició una meditación con la cual fue entrenado para razonar desde la lógica de Dios. De esta manera pudo ir entendiendo que tener miedo era natural y que su fuerza espiritual era más vigorosa que cualquier temor. Por eso pidió al Altísimo que en esta última etapa le diera fuerza para ponerle el pecho a esta situación. Aníbal dejó que pasara un rato mientras su organismo se regulaba. Ya había anochecido y cada vez estaba más cerca de la ciudad, el ataque de pánico había sido controlado y debía seguir su camino. Se montó en su moto y continúo avanzado.

Al llegar a la ciudad no supo qué hacer: si ir directo a entregarse a las autoridades o huir nuevamente. Por un momento lo pensó, pero su destino era afrontar lo que se viniese. Con decisión se acercó a la primera estación de policía en la que había dos patrulleros que custodiaban la entrada y de forma categórica le preguntaron —¿Viene a colocar alguna denuncia? Sí, contestó Aníbal. —Las denuncias se hacen en la sede principal de la policía— Aníbal sin saber dónde quedaba preguntó: —¿dónde es? —En el centro de denuncias que queda cerca de la Catedral—, comentó el policía. Aníbal, desilusionado, se despidió y se fue rumbo al centro.

Ya en la sede principal, Aníbal se acercó a la puerta y preguntó dónde se podía denunciar un delito por intento de homicidio. La guardia de turno le dio las indicaciones. Aníbal entró y se acercó donde le habían indicado y tomó una ficha con el turno número 123. Apenas iban por el turno 50, la fila era larga y dispendiosa. En la sala contigua a la oficina de denuncias había un teléfono público que era utilizado por varias personas entre las cuales se encontraban algunos detenidos que hacían uso de su derecho de llamar a un abogado. Aníbal tuvo la idea también de llamar a Alicia, su exesposa, para darle la noticia que se encontraba en la oficina principal de denuncias de la policía para que ella le notificara a su tío que él estaba entregándose a las autoridades, y con esto ahorraría tiempo en su detención. Hizo la fila y después de varios turnos por fin pudo hacer la llamada. Aníbal tomó aire y marcó el número del teléfono de la residencia de don Lorenzo.

El teléfono timbró varias veces hasta que contestaron. Aníbal saludó y preguntó: —¿con quién hablo? Al otro lado del teléfono hubo un silencio único. Aníbal pensó que la comunicación estaba mala y volvió a preguntar —¿Aló?, por favor conteste. —¿Aníbal eres tú? —, respondió la inconfundible voz de su exsuegro. —Sí. Soy yo don Lorenzo. Estoy en la ciudad y he llegado para dar la cara por mis actos, y aunque justificados por el maltrato que tuve por parte de su hermano, sé que debo responder por la agresión que le hice—. El señor Lorenzo dejó que Aníbal hablara y cuando finalizó, tomó la palabra diciéndole —Escúchame bien. No quiero que vuelvas a llamar a mi casa, nadie está interesado en ponerte en la cárcel. Sé que al denunciarte yo perdería más que tú. Además, ese golpe con el que casi matas a mi hermano fue más que justo. Aunque nunca fuiste santo de mi devoción, no te culpo por lo que hiciste. Este incidente sirvió para darle una lección a mi hermano y para que se diera cuenta que no hay enemigo pequeño. Tuvo suerte contigo, pero la próxima puede perder hasta la vida por su forma de ser. Aníbal estaba atónito y no supo qué decir, solo atinó a contestar: —gracias don Lorenzo, nunca creí que de sus labios salieran palabras tan sensatas como las que me ha dicho. Pero entonces, ¿qué hago?, estoy en la comisaria—. Don Lorenzo le gritó por el teléfono —¡Vete para la mierda! ¡Déjanos en paz! Ni mi familia ni yo te queremos volver a ver. ¡Lárgate de ahí! ¡Desaparece! —. Y con estas palabras colgó el teléfono.

Aníbal no podía creer que la amenaza que lo atormentaba había desaparecido de una forma tan sencilla que ni él mismo lo creía. Tantas angustias vividas pensando en el desenlace que podría venir. Por ejemplo, la tristeza por lo que tendría que vivir en la cárcel y muchos otros pensamientos aterradores que lo acompañaron hasta llegar a la comisaria habían terminado en ese mismo instante.

Una señorita que estaba atrás de él le pidió que por favor la dejara utilizar el teléfono. Aníbal salió del estupor en el que se encontraba y se hizo a un lado. Luego caminó hasta la puerta de salida y en ese momento una funcionaria le preguntó: —señor, ¿cómo le fue con su denuncia?, ¿la pudo realizar? Aníbal la miró, y le contestó: —no fue necesario, ya todo está aclarado. La funcionaria también lo miró

fijamente y cuando Aníbal estaba saliendo de la comisaría ella lo tomó de la mano y le dijo: —¿ahora si entiendes que de la mano de Dios todo se soluciona? Aníbal agradeció a la funcionaria por sus palabras, sabía que la que hablaba era una enviada del Todopoderoso. Una vez más le daba una lección de amor y fe.

Cuando salió de la estación de policía Aníbal quiso caminar por un buen rato para reflexionar sobre todo lo que había vivido. Su existencia era mágica, parecía el guion de una película donde todo se puede y nada es inalcanzable. Mientras pensaba Aníbal pasó por un parque y se sentó en una de las bancas y observó como nunca las maravillas que había a su alrededor. Apreciaba cómo los árboles frondosos, silenciosos y llenos de oxígeno eran tan hermosos, tanto que nos regalaban vida sin pedir nada a cambio. También observaba un sinnúmero de escenas que representaban la belleza que da la vida: cosas tan rutinarias como ver a dos enamorados besándose, o ver a los niños que en medio de su inocencia juegan sin malicia, sin egoísmo y sin cuantificar su alegría en las cosas caras, o también observar a ancianos que van al parque en silencio solo con la alegría de disfrutar del sol y el paisaje.

Aníbal gozaba más y más de lo que el mundo le podía ofrecer, aunque ya era más de medio día y hasta el momento no había probado bocado. Eso no le preocupaba. Sabía que algo pasaría pues su fe era infinita. Él sabía canalizar sus emociones, y ahora que no le debía nada a nadie se levantó de la banca y continuó su camino incierto. Era un camino, al fin y al cabo. Tomó rumbo hacia su antigua casa y al llegar se dio cuenta que no había nada que lo atara a ese lugar. El sitio ya lo habían rentado. De todos modos, Aníbal quiso tocar y hablar con la señora. Se bajó de su moto y tocó dos veces.

Cuando la casera abrió la puerta se sorprendió —Hola Aníbal, ¿dónde anduviste? Creímos que te había pasado algo en esa moto—. Aníbal respondió con mucha amabilidad —Quería saludarla y pedirle perdón por no avisarle cuando me fui. Lo que pasó fue que hice un viaje que no creí que fuera tan largo. La señora extrañada, le dijo: —la verdad, al no tener noticias tuyas tuve que arrendar el apartamento porque no tenía a quién preguntarle por tu paradero. Además, tu esposa tampoco volvió.

Aníbal, estaba muy apenado y le pidió disculpas. Le preguntó si le debía algo. La casera se rio —No mijo, tú no me debes nada. Al contrario, acá te tengo un dinero que te dejó un señor. —¿Quién?, dijo Aníbal. —Era un hombre alto, delgado, de barba y muy educado. Me dijo que este dinero era un anticipo por un trabajo que tu sabías cuál era y me canceló lo que tú me adeudabas—. Sin entender aún, Aníbal recibió el sobre y una maleta en la que la casera le había guardado sus cosas. Aníbal le agradeció por todo y se despidió. Luego acomodó su maleta en la moto y antes de arrancar miró el contenido del sobre: eran 500 dólares, y en ese momento comprendió de dónde venía el dinero. Arrancó en su moto para buscar un nuevo horizonte y esta vez sabía a dónde ir: a la capital.

Después de unas horas de camino paró en un restaurante junto a la carretera y cenó. Ya habían pasado más de 24 horas sin alimento y que mejor recompensa para el estómago que una deliciosa bandeja paisa para saciar su hambre. En carretera, la emoción lo embargó de solo pensar en comenzar una nueva vida, el mejor lugar era en una metrópoli donde nadie lo conocía y donde podía empezar de cero. Cuando llegó a la capital, preguntó a unos caballeros que se encontraban en una esquina departiendo unas cervezas en dónde podía encontrar alojamiento. Uno de ellos le dijo: —amigo forastero, en la pensión de doña Matilde puede encontrar hospedaje, es muy bonita y acogedora y de seguro podrá instalarse ahí. Aníbal también preguntó cómo se llamaba el barrio y en qué zona quedaba. Ellos le contestaron que era el barrio de La Candelaria y que estaba ubicado en la zona centro de Bogotá.

Aníbal se fue hacia la pensión de doña Matilde y, siguiendo las indicaciones, llegó al hospedaje. La dueña lo acogió de manera muy amable, le designó una habitación con vista hacia Monserrate. Este detalle le causó una gran felicidad porque podía observar esa montaña tan majestuosa e imponente que rodeaba la gran ciudad. Esa noche, durmió plácidamente, se despertó hacia las diez de la mañana del otro día y cuando abrió sus ojos notó algo que nunca tuvo cuando vivió en su ciudad natal: tranquilidad. Su mente estaba sosegada, el peligro había pasado. Se levantó y recordó a Sara y pudo evocar los momentos

maravillosos que vivió con ella y recordó cómo su amor fue uno de sus bastiones para superarse.

A veces sus recuerdos se volvían melancólicos. Nunca entendió por qué ella no le dejó una dirección o un teléfono en donde él pudiera encontrarla. A veces dudaba de si lo que había vivido había sido real o fruto de su imaginación, pero cuando meditaba por varias horas, su corazón se conectaba de forma abstracta mediante señales inexplicables y despejaba cualquier duda sobre lo que había vivido. Era algo maravilloso, su vida había cambiado gracias a esta aventura extraordinaria. Aníbal la extrañaba muchísimo, en las noches se asomaba a la ventana y se imaginaba cómo sería su vida con ella, sus dulces amaneceres, el poder compartir su amor desde lo más simple como un beso, un ocaso, caminar por un parque, ir al cine, cocinar y envejecer juntos. Cuando estaba triste por su ausencia oraba para que ella estuviera bien y si su destino era que ella estuviese con otra persona pedía por su felicidad. Ella se lo merecía.

Pasaron varias semanas que transcurrieron entre acomodarse en la gran ciudad y pensar cómo se ganaría la vida.

Una vez, Aníbal estaba caminando por una de las calles principales de Bogotá y se encontró frente al mejor museo de la capital por lo que decidió entrar mientras caía en la cuenta de que nunca había estado en uno. Al entrar recorrió y apreció el mágico mundo de las pinturas. Observó las obras de los grandes maestros nacionales como Botero, Manzur y Obregón, y otras obras internacionales como la gran obra que se estaban exhibiendo del pintor ícono del surrealismo: Salvador Dalí. El cuadro *Gala de espaldas mirando un espejo invisible* produjo gran impresión en Aníbal. Por primera vez se enfrentaba a una obra de tal magnitud, en esta observó la delicadeza que se reflejaba en la luz que se repartía suavemente por el cuerpo de Gala, el equilibrio entre la iluminación y la atmósfera, la majestuosa sensualidad que se expresaba en la postura de la silueta femenina, además de otros dones que el artista exponía en el cuadro. Supo interpretarla y extasiado por lo que estaba observando encontró más que una obra maestra. Aníbal percibió el reconocimiento al amor de la vida en Dalí.

Ya eran más de las siete de la noche cuando pasó el celador del museo anunciando que pronto iban a cerrar. Aníbal aún muy emocionado abandonó el recinto dando gracias a Dios por encontrar una señal más que le daba sentido a su vida. Ya sabía cómo se ganaría la vida y, a la vez, sería feliz haciendo lo que más le gustaba: se convertiría en un pintor. Su corazón le había mostrado su verdadera vocación, era una de las máximas que había aprendido: si trabajabas en algo que te apasione no tendrás que trabajar ni un día en tu vida. Y eso era justo lo que él haría.

De esta manera, Aníbal decidió ser un pintor y lo primero que hizo fue acomodar su habitación de tal manera que pudiese armar un pequeño estudio donde daría vida a sus obras. Comenzó a pintar sobre lo que más amaba: su extraordinario viaje al monasterio. En varios óleos fue plasmando los paisajes que conoció, los jardines del monasterio, las figuras de los monjes y los destellos de colores que salían de sus auras, además de muchas otras obras dedicadas a Sara: su musa. Poco a poco comenzó a hacerse conocer. Sus pinturas eran expuestas en ferias callejeras que se hacían en diferentes parques de la ciudad. Los lienzos de Aníbal tenían gran acogida por la calidez y delicadeza que expresaban sus trazos; además de la pasión con la que realizaba sus obras que se notaba en la combinación de los colores. Gracias a sus ventas consiguió uno de sus sueños que era tener por primera vez independencia económica pues le proporcionaba la libertad de disfrutar de su tiempo haciendo lo que más quería, aunque a pesar de que podía pagar un mejor sitio donde vivir, él era fiel a sus enseñanzas, de vivir donde se sintiera feliz y no dejarse llevar por los atuendos materiales. Así que continuó viviendo en su estrecho y alegre lugar que era su habitación.

Una noche mientras caminaba por las frías noches capitalinas Aníbal observó a lo lejos una silueta muy parecida a la de Sara y entusiasmado al creer que era ella se acercó. La señorita que estaba conversando con un grupo de amigos se asustó cuando Aníbal por equivocación la llamó por el nombre de Sara. Aníbal cambió su aspecto por una cara de disolución. —Perdón. Me confundí—. La tierna señorita le contestó: —parece que hubieses visto un fantasma por la cara que tienes—. Aníbal

le explicó —Lo que pasa es que te pareces mucho una mujer que significa mucho para mí—. Tranquilo, dijo ella. Aníbal se despidió y siguió su camino. Unos metros más adelante, la joven mujer le gritó —¡Oye! Si la aprecias tanto como dices, ¿por qué no le pides a Dios que te dé una señal para saber en dónde está? —. Al escuchar estas palabras, Aníbal giró su cuerpo para dar las gracias nuevamente, pero ella y sus amigos ya no estaban. Aníbal pensó si era que se estaba volviendo loco o si era una nueva señal que Dios le había enviado. Así que aceleró su paso y como pudo llegó a su habitación. Su corazón estaba acelerado y con ansias de saber dónde estaba Sara. Comenzó a pensar cómo podría saber dónde hallarla. Después de analizar y sin tener ni la mínima pista de su paradero recurrió a su corazón pues sabía que en él estaba su única verdad. Fue entonces que se dispuso para hacer un viaje ancestral por medio de la meditación. Aníbal tomó fuerzas y se preparó: esta sería una meditación muy especial, como ninguna otra que hubiera hecho.

Comenzó a respirar lentamente y mediante las técnicas que su maestro le había enseñado fue entrando en trance poco a poco y sin importar ni el tiempo ni el espacio. Su conexión debía ser con lo más profundo de su ser. Ya en lo más intenso de su meditación, su mente se remontó a los buenos momentos que compartió con Sara: sus conversaciones, sus besos y sus risas, hasta que llegó una imagen en la que su mente se centró y fue cuando hicieron por primera vez el amor. A Aníbal le tocó salir corriendo y antes de saltar desde un segundo piso para no ser descubierto por los monjes, ellos hablaron de cuándo se volverían a ver. Ahí, en pleno trance, Aníbal rememoró lo que ella le dijo —Recuerda solo que te amo y la próxima vez que nos encontremos será en un sitio donde se respire romanticismo: en la ciudad del amor, al frente de uno de los símbolos más esplendoroso que el hombre ha creado para adornar la población más bella del planeta—. Para Aníbal era extraño porque no recordaba la totalidad de su conversación por el susto que tuvo de ser descubierto por los líderes del monasterio. Se acordaba que algún día se volverían a ver, pero no cómo ni en dónde, y se había percatado que su subconsciente sí había guardado ese recuerdo.

Al abrir sus ojos encontró la respuesta que tanto había buscado. —Está en París—, dijo sorprendido y a continuación una sonrisa se dibujó

en su rostro. Por fin su corazón había descifrado tan gran enigma. Aníbal se levantó como pudo y comenzó a cantar de la felicidad pues ya sabía dónde estaba Sara. El amor tenía una cita y esta era en la ciudad de la luz.

Ya más tranquilo hizo caso a sus instintos. Aníbal contó sus ahorros, arregló su maleta y sin dudarlo tomó rumbo a otra aventura que la vida le regalaba para encontrar a su amada. Compró un tiquete a París y doce horas después llegó a su destino. Aníbal sabía que esa era la población más bella del planeta conocida por su romanticismo y por ser epicentro de millones y millones de juramentos de amor por parejas de diferentes partes del mundo que venían con el firme propósito de sellar su unión. En este caso la de Sara y Aníbal no podría ser la excepción.

París se encontraba en pleno invierno, nevaba mucho. Aníbal como pudo se abrigó para la estancia en la ciudad y consiguió un hospedaje modesto cerca de los lugares más visitados por los turistas. Cuando se instaló trazó un plan para buscar a Sara. Su primera idea fue publicar en Facebook e Instagram un retrato pintado por él de Sara donde decía: "Me muero de amor. Por favor ayúdenme a encontrar mi cura". Este aviso creó en la comunidad parisina un sentimiento noble de solidaridad, el rumor comenzó a moverse en las redes sociales y la búsqueda de Sara se había convertido en un chisme local tanto que, muchas personas llamaban a Aníbal con información, la gran mayoría falsa. Unos decían que la habían visto en el norte de Italia, otros que ella vivía como monja en un convento de la Hermanas Clarisas en Asís, otros más decían que ella había fallecido, y no faltó el que decía que esa persona no existía, que era parte de un invento de su imaginación y que la mejor cura para su enfermedad era un siquiatra.

Pese a esto, Aníbal seguía entusiasmado con su búsqueda y continuaba con fervoroso ardor. Al pasar los días su ánimo se fue debilitando tanto que ya llevaba más de quince días sin encontrarla. Ya había avisado a varias estaciones de radio para que dieran la información, y en un momento de desesperación hizo unos volantes que repartió en los alrededores de los monumentos más visitados. Nada servía. Sus ahorros se estaban acabando y la tristeza de saber que su

ilusión se esfumaba hacía que él perdiera las esperanzas. El 24 de diciembre en vísperas de navidad y sin ningún optimismo de encontrar a Sara, Aníbal se dio por vencido. Ya habían pasado varios días sin saber de su paradero, así que tomó la decisión de partir nuevamente para Colombia dado que nada justificaba quedarse más tiempo en París. Sentía que había fracasado en su intento de hallarla, y pensó en ese momento que antes de irse quería despedirse de la ciudad luz.

Se alistó muy elegante de traje formal y gabardina acorde para el clima y puso en su cuello una bufanda al estilo parisino. Salió del hotel con el firme propósito que en el día de la navidad se acompañaría de su soledad y celebraría este día con un buen vino y una buena cena a la luz de las velas en un muy buen restaurante.

Y así como lo pensó lo hizo, la ciudad estaba de fiesta a pesar del frío y entre más se acercaba la media noche las calles quedaban solitarias. Aníbal cenó como *Dios manda* y luego caminó por los puentes del río Sena hasta llegar al majestuoso y único símbolo que encarna la grandeza de París: la Torre Eiffel. Se acercó lo más que pudo y levantó su cabeza para apreciar su belleza, y fue tanto el encanto que comenzó a sonreír al contemplarla. Tan espléndido momento fue interrumpido por la melodiosa voz de una mujer que le dijo — Hola mi amor. Te estaba esperando—. Aníbal volteó su cabeza y sorprendido, dudó. ¡No podía creerlo! Era Sara en persona: su musa, su amante, su alma gemela quien lo había encontrado.

Aníbal no sabía qué hacer. Se acercó a ella y con lágrimas en los ojos contempló su belleza. Como él la imaginaba, Sara estaba vestida de gabardina roja y boina negra, su pelo estaba recogido y hacía que la piel de su cara se viera más hermosa. Sus ojos reflejaban todo el amor que ella sentía por él. Acarició su cara y sin mediar ninguna palabra la besó en sus dulces labios, al terminar la miró a los ojos nuevamente y con lágrimas en los ojos le dijo: el Todopoderoso me dio la señal de que tú estarías justo aquí en el lugar que el destino acordó para sellar nuestro amor y aunque dudé se hizo realidad mi sueño de tenerte junto a mí. Ella lo abrazó y le dijo: —cuando salí del monasterio también pensé en la posibilidad de que no nos volveríamos a ver y hasta tuve el arranque

de volver al monasterio, pero ya no sabía dónde quedaba. Volví a mi país y quise reconstruir una nueva vida. De mi mente nunca te fuiste porque siempre estabas ahí acompañándome con tu recuerdo. Y fue cuando, después de un largo tiempo, decidí ir a buscarte, no como un sueño que nunca pasó sino como un deseo que se haría realidad. Lo que vivimos no se podía quedar en un recuerdo. Debía volverse real y cuando decidí buscarte con el firme propósito de encontrarte, hace una semana exactamente, tu recuerdo se hizo más intenso. En mis meditaciones recordé cada palabra que pronuncié, e inconscientemente te dije en clave que nuestro encuentro sería en la ciudad más romántica del mundo, y ¿cuál otra sino en París?, y acá estamos cumpliendo los dos una promesa de amor infinito—. Aníbal respondió diciendo: —te amo y siempre te amaré. Nunca dudé de tu amor y hoy que me estaba despidiendo de tu recuerdo apareciste. Soy el hombre más dichoso del planeta—. Sara sonrió dulcemente y lo abrazó diciéndole: —nunca me sueltes Aníbal. Nuestra relación ha sido bendecida por el Altísimo y eso es garantía de nuestra felicidad. Luego, ambos se miraron con los ojos llenos de lágrimas, se besaron y se juraron una vez más amor eterno. Con este acto de profundo amor hicieron de ese momento una imagen hermosísima que, años más adelante, sería plasmada en un cuadro de autoría de Aníbal. La pintura encarnaba la mágica noche del reencuentro.

CAPÍTULO VII

Un ser llamado agradecimiento

Veinte años después Sara y Aníbal aún seguían juntos, se habían casado y eran felices a su manera. Siempre habían lidiado con la cotidianidad que crea la costumbre y con el amor intacto como desde el primer día en el que se conocieron. El amor que ellos se profesaron era una realidad pues los dos decidieron ser felices y lucharon por alcanzarlo. Asimismo, había nacido un bello niño que fue bautizado con el nombre de Juan Pablo, en honor al apóstol. El amor de Aníbal y Sara era algo sublime. Ellos aprendieron a disfrutar cada momento como si fuera el último, eso les daba más intensidad de vivir y mayor alegría a la relación, siempre soñaban juntos y recordaban su estancia en el monasterio, de todo lo que vivieron y de cómo lo vivieron. Le trasmitían a su hijo todas las enseñanzas que habían aprendido para que él, desde temprana edad pudiera forjar su propio mundo lleno de bienestar y diera testimonio a todo aquel que lo necesitase.

En un día ordinario, Aníbal llegaba a su hogar luego de entregar unos lienzos para una exposición que se haría en el centro cultural de la capital en la que él sería uno de los artistas invitados. Al abrir la verja algo le causó curiosidad. En el buzón había una carta con un empaque de color azul celeste. Aníbal soltó todo lo que llevaba y se apresuró a recogerla: era una carta para él.

Remitente: Aníbal Certés.

Destinatario: Aníbal Certés.

Pensó que era parte de una broma, seguramente de su hijo o de su esposa y riendo exclamó —¡Sara y Pablo! Ya estuvo bueno con la carta—. Sara se encontraba en la cocina y le respondió: —¿de cuál carta hablas? Su acento era tan sincero que era evidente que ella no era la de la broma, y su hijo tampoco pues no estaba en la casa. Fue entonces que Aníbal no le dio más largas al asunto y abrió el sobre. En este había una

hoja escrita de su puño y letra. Aníbal entendió lo que pasaba solo cuando empezó a leerla.

"Amado Aníbal, de 60 años te escribe desde el fondo de tu corazón tu Aníbal de 40 años, aquel que se atrevió a luchar por ser feliz y que, a pesar de todas las vicisitudes que vivimos, nunca se dio por vencido. Aunque muchas veces el miedo nos paralizó, nunca dejamos de avanzar. Gracias a nuestros maestros, en especial Prajna, los dos aprendimos a conocer el verdadero Dios, quien nos hizo más felices que nunca porque en Él alcanzamos su misericordia y aprendimos a perdonar. Con Él llegó nuestra salud emocional, y fue como habernos quitado un peso de encima que no nos dejaba vivir. Muchas veces habíamos sido derrotados por el odio y el rencor, pero al darle cabida a la reconciliación dejamos de lado tanto pensamiento dañino y tantas tristezas que nos acompañaban. Los complejos de culpa se fueron, fuimos libres, y hoy estamos disfrutando de los frutos que cosechamos al lado de nuestra Sara y de nuestro hijo.

Sé que aprendimos a respetar, a amar de corazón, y a compartir nuestros conocimientos. Sin egoísmos, ambos pudimos lograr trabajar en lo que amábamos y somos muy felices por ello. Además, eso nos ha proporcionado la bendición económica de vivir con solvencia.

Por todo aquello que pudimos lograr, yo quise enviarte esta carta para decirte: gracias, gracias, gracias. Por todo lo que hicimos para ser felices, gracias. Por tener la valentía de no desfallecer ante las circunstancias y perseverar hasta lograr nuestro objetivo: ser felices en el amor de Dios.

No siendo más, me despido desde el fondo de nuestro ser, deseándote que el amor de Dios siempre reine en ti y diciéndote una vez más: gracias por ser feliz.

Siempre tuyo,

Aníbal Certés".

FIN.